

Arnold Briggs

VENDETTA EN CHICAGO

ARNOLDS BRIGGS

"VENDETTA" EN CHICAGO

1ª EDICIÓN
SEPBRE. – 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

TÍTULO ORIGINAL:

LOODY VENDETTA

Versión castellana de:
P. RUIZ

 PRINTED IN SPAIN
Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona


Vendetta en Chicago
par ARNOLD BRIGGS
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

—Cálmese, Joan, porque sólo consigue estropearse los ojos con tanto llanto. Ya todo ha pasado, muchacha… Está aquí muy a cubierto de todo daño. ¿Quiere un poco más de agua?

La cajera del «Jefferson Market» mordiéndose los labios, intentó de nuevo dominar sus nervios. Intentaba apartar la imaginación del atroz espectáculo reciente.

Aquellos hombres disparando contra sus compañeros de trabajo, que saltaban como peleles, a cada impacto…

Con paciencia, el teniente Davidson del cuarto sector sudeste de Chicago, empezó a explicar para ir tranquilizando a la principal testigo:

—A las once y dos minutos, entraron cinco hombres en el almacén, quedándose dos de ellos en la puerta, mientras los otros tres se adelantaban, ordenando a los tres empleados que levantaran las manos, y se pusieran de cara a la pared del fondo. Usted estaba en la caja, llenando los sobres de paga. Los vió bien a los cinco, y lo admitió así cuando llegaron mis agentes. La han traído aquí, y en este despacho, nada, tiene que temer, Joan.

—Mataron a William, que cayó sobre mí…

—Puede decirse que William Parker, le ha salvado la vida, Joan. Porque al caerle encima, con su cuerpo le evitó la rociada de balas. Por esto mismo, por gratitud a William, debe usted decirme exactamente, cómo eran los tres que dispararon. Pudo usted verlos muy bien.

—Fué horroroso… Yo estaba llenando los sobres, y Clarence, al adivinar que eran atracadores, se abalanzó al timbre de alarma. Y entonces, ellos dispararon… Me cayó encima William, que estaba clasificando los sobres… Quedé en tierra… Me desmayé… Ya no

recuerdo más, hasta que varios hombres me hacían preguntas, en la camioneta, y yo vi mi vestido lleno de sangre… Fué horroroso, y nunca podré olvidarlo…

—Usted ha salvado la vida, y es su obligación facilitar la captura, de los asesinos de sus compañeros de trabajo, Joan. Ha tenido ya tiempo de calmarse. Este montón de cartulinas, son fichas de «gangsters». La dejaré a solas, y usted irá viendo con tranquilidad todas estas fotos, apartando las le parezcan ser las de los cinco asesinos que han matado a William Parker, a Clarence Boyd, y a Franklin Curtis. Volveré dentro de unos minutos.

El teniente Davidson abandonó su despacho, entrando en la sala donde tres policías estaban interrogando a testigos que transitaban por la calle Jefferson cuando estalló el tiroteo.

Fue de mesa en mesa, escuchando unos instantes, impaciente. Eran bastante lógicas las respuestas.

Sí, habían oído los disparos, preocupándose antes que de mirar, encontrar un lugar donde refugiarse.

Sí, habían visto a varios individuos salir corriendo del «Jefferson Market» y penetrar en un coche negro, torpedo, que estaba entre otros, aparcado en la esquina, junto a la Treinta y Uno.

No llevaba matrícula visible, ni se diferenciaba en nada de muchos otros torpedos negros de la marca «Buick».

Los cinco hombres tenían las solapas alzadas, el sombrero con el ala muy baja, y tampoco podía nadie dar alguna identificación o señal sobresaliente.

Duró muy poco tiempo el lapso entre la alarma creada por el crepitar de los disparos, y la salida a toda velocidad del coche, que giró la esquina de la Treinta y Uno hacia Halsted. Y casi al instante, llegaba por el Este, el primer coche policial.

Los policías empleaban diversos estilos. Amistoso, persuasivo, irritándose poco a poco, clamando por la cobarde falta de espíritu ciudadano de los que negaban poder aportar el menor detalle descriptivo.

Llovía, y el día era muy nublado, opinaba un grueso ciudadano, que miraba apenado sus pantalones llenos de barro y con un desgarrón en una rodillera, producido al tenderse cuan largo era en la acera, acogiéndose a la protección de un poste.

Junto al pupitre de salida, donde se recibían las llamadas, el

agente Bruno Scarlatti, parecía aburrirse reclinado contra la barandilla.

No estaba de servicio, pero había acudido, anticipándose casi en dos horas a su entrada de turno que empezaba a la una.

Tenía buena planta, aunque cuando reflexionaba, su rostro, adquiría una expresión brutal.

Miró de reojo cuando Davidson, a su lado, masculló:

—Lo de siempre. Son ciegos, sordos y mudos.

—No hay que reprocharles la prudencia, muy legítima. Está aún fresca la tinta de la esquela del último testigo que creyó reconocer a uno de los que asaltaron el «National». Ellos son contribuyentes que pagan para que nosotros les protejamos, ¿y qué pasa? Le tienen más respeto a las cuadrillas, que al menos cumplen lo que prometen. Saben que si cumpliendo con su deber, reconocen a cualquiera de los que les traigamos no tardarán en ser acribillados. Cuando los testigos sean protegidos, cuando se sientan seguros, tal vez nos, ayuden. Mientras… tiempo perdido, jefe. Y ahora soy todo oídos. Abrónqueme, que no rechistaré.

Davidson se encogió de hombros. Ya había «abroncado» otras veces a Bruno Scarlatti, y no tenía más remedio que reconocer la verdad de cuanto argumentaba. Dijo tan sólo:

—Será lo de siempre. Alguno de nosotros, destituido, para contentar los clamores de la Prensa… Lo que me revoluciona, no es esto.

Y señaló con gesto cansado a los declarantes, que nada aportaban, y que si habían venido era porque apenas llegados, los policías se diseminaron en dos grupos: unos al interior del almacén asaltado, y mientras se oían las sirenas de otros coches intentando una persecución con desventaja, los demás iban agrupando a los que del suelo se levantaban, o salían de los escondites más inverosímiles.

—Lo que me quema la sangre, es la tranquilidad con la que desfilarán los sospechosos que convoquemos, sabiendo que están protegidos por una nube de politicastros, leguleyos y vividores. Mientras podamos señalar con el dedo a los culpables, pero nos escamotean los medios de llevarlos al patíbulo, ¿sabe cuál es el papel que nosotros representamos?

—Disiento, jefe. De vez en cuando, pescamos a alguno.

—Sí… Algunos de nosotros van al depósito, en compañía de los que han cogido con las manos en la masa. Éste es un consuelo muy relativo, Scarlatti. ¿Estuvo en el «Jefferson Market»?

—De allí vengo. Yo tengo mis ideas sobre el golpe, pero estaba de servicio Carruthers.

—No empecemos otra vez, Bruno. ¿Qué le pasa a usted con Carruthers?

—A mí, nada. Pregúntele a él.

—¡Eso voy a hacer! Venga a mi despacho. ¡Carruthers!

El sargento John Carruthers abandonó su interrogatorio.

En el despacho, Joan Fields iba mirando las fichas, donde tres pequeñas fotos, presentaban de frente y dos perfiles, a individuos en su mayor parte con nombre y apellidos italianos.

Eran los llamados «gatillos» porque no planeaban, sino que su misión se limitaba a actuar pistola en mano, en una serie de operaciones clasificadas: «asalto», «protección», «guardaespaldas»…

Dijo:

—Resulta imposible reconocer a ninguno, porque ellos llevaban el cuello del abrigo alzado.

—Sin embargo, aun así, hay detalles fáciles de retener. Le pondré un ejemplo. El que estaba más cerca de usted, ¿era grueso y bajo?

—Más bien alto y delgado.

—¿Ve usted? Le puedo ahora escoger las fichas de los sospechosos, altos y delgados.

—Pero no les vi la cara. Yo no me encuentro bien, teniente. Quisiera irme a casa…

—Pase a la sala general y pregunte por Snowden, que tomará nota de su domicilio, señorita Fields. Buenos días.

Salió ella presurosa. Davidson se sentó, mientras Scarlatti cerraba la puerta.

El sargento Carruthers, flemático, algo adiposo, comentó:

—No se saca nada en limpio, señor. Y el coche se ha esfumado, a partir de la sexta milla de la carretera a Evanston, en la encrucijada de los Siete Caminos.

—¿Tiene usted alguna idea acerca del quinteto?

—No, señor.

Davidson mostró con el índice a Bruno Scarlatti.

—Parece que Bruno tiene su propia idea sobre este atraco.

John Carruthers giró la cabeza, mirando al siciliano, como si le viera de pronto.

—Hola, Scarlatti. ¿Tienes idea de quién ha llevado el asalto?

Bruno Scarlatti avanzó, para recoger de encima de la mesa, el mazo de fichas que había estado consultando Joan Fields.

No respondió. Manipulaba las fichas como si fueran naipes, descartando las que arrojaba sobre la mesa, hasta que conservó en abanico cinco de ellas.

Las cerró, presentándolas al teniente.

—Si yo llevara esta investigación, estaría ya en casa de Nando Stressa.

—¿Usted qué dice, sargento?

—Si usted me lo ordena, señor, no tengo inconveniente en citar a comparecencia a Stressa, pero necesito un motivo.

—El motivo suficiente es preguntarle cómo siguen de salud estos cinco —y Scarlatti puntuó hacia las cinco fichas que acababa de extender sobre la mesa Davidson.

Echó un vistazo Carruthers.

—¿Los Simone? ¿Norman Scott y Jim Kelly? ¿Cómo te ha dado por pensar en ellos, Scarlatti?

—Le consta sobradamente, sargento Carruthers, que estos cinco rufianes reciben paga de Stressa.

—Me consta sobradamente que ellos cinco trabajan en el negocio de flores de Stressa, y que en otras ocasiones cuando tú mismo lo sugeriste, demostraron que estaban muy lejos del sitio donde hubo tiros.

—Y también esta vez, tendrán su coartada, porque les han dado tiempo suficiente…

—Cuidado con lo que dices muchacho —advirtió, calmosamente, el sargento—. No es la primera vez que me lanzas una indirecta, y te las soporto, porque es tu modo de demostrar que vales mucho. Pero ya que has vuelto a las andadas, y como presumo que el jefe nos ha llamado a los dos, para oírnos, habla, de una vez por todas.

—Hable, Scarlatti.

—Allá va.

Sacó Scarlatti de su bolsillo una libreta parecida a una agenda.

Hizo correr unas hojas, y leyó:

—«El siete de mayo, a las doce y cinco, barren con la caja de los "Beef", matando a dos empleados. Cinco que se escapan. El veinte del mimo mes, no matan, porque salen huyendo los tres guardianes de la camioneta que transportaban las pagas de la "Blocks River". Cinco tipos que escalpan. El once de junio, a las nueve y cuarenta, liquidan a los dos empleados de la joyería "Crawford". También cinco tipos que escapan. Y en estos tres asuntos, era usted el que estaba de servicio, sargento. Prosigo... No aparecen estos cinco durante cuatro meses. Veranean. Y vuelven a reaparecer hoy, en que precisamente está usted de servicio, sargento Carruthers».

—Y puede que me cueste la dimisión, si no atrapo a nadie. Pero tú has entrado ya en terreno resbaladizo, Scarlatti.

—Seguiré patinando. El once de mayo, cuatro días después del atraco a la «Beef», usted, a las once de la noche, entra en el «spikeasy», propiedad del florista Stressa. El veintidós del mismo mes repite, la visita, pero más tarde, hacia la una. El doce de junio ídem. Esta vez, ¿cuándo va ir a visitar a Stressa, sargento?

—Lo que está usted insinuando es grave, Scarlatti —objetó Davidson.

—¡Y tanto! —asintió el siciliano—. Como comprenderá, jefe no tengo la numeración de los billetes, dato esencial para poder acusar al aquí presente, pero sí puedo alegar que resulta extraño, que no se le ocurra al sargento visitar a Stressa, el mismo día en que ocurren las apariciones de los cinco atracadores, sino días después. Y voy más lejos. Los dos empleados de la «Beef» mueren de distinto modo, pero tienen en común, varios balazos inútiles. Un derroche de plomo, puesto que les reconocen varios balazos en la espalda, cuando sobraron los que les dieron de frente. Lo mismo sucede, con los dos empleados de la joyería, y en los tres de hoy, en el «Jefferson» hay también el mismo trazo como de firma superflua. Varios plomos en la espalda. Plomos inútiles, como disparados por alguien que se vuelve loco con el dedo en el gatillo. Uno de los hermanos Simone, es así... Basta verle la cara de rata, para adivinarle que es un enfermo, que sólo se curará sentándose en la silla eléctrica. Ya sé, ya sé... Usted le interrogó, sargento. Y Gaetano se reía mucho como si le hiciera gracia. Yo no estaba de servicio, ni pertenezco a su brigadilla, sargento, pero de mí no iba a reírse

Gaetano.

—Todo lo que está diciendo, Scarlatti, puede suponer un expediente, si el sargento presenta su parte por escrito.

—Lo presentaré, señor, tan pronto acabe con la investigación en curso. Estamos tratando de obtener una descripción de los cinco asaltantes, pero ya ha oído usted a la principal testigo… Además, yo no soy rencoroso. Si usted lo manda, este hombre puede llevar su parte en la pesquisa. Yo hago lo que puedo. No es mía la culpa si no encuentro colaboración. Y en cuanto a mis visitas al «spikeasy» de Stressa no contienen ningún misterio. No sabía que me espiaras, muchacho… Fui a indagar el paradero de varios requeridos. Lo que no te consiento, es que me mires así, puerco siciliano…

—¡Carruthers!

Davidson era ágil, y pudo llegar a tiempo de interponerse entre los dos… Carruthers retrocedió, bajando los puños. En el rostro brutalmente ceñudo de Bruno Scarlatti resultaba más insultante la mueca burlona…

—Salga usted, sargento. Ya le diré a este hombre lo que tiene que oír.

—Como usted mande, señor. Pero consideraré más prudente que Scarlatti sea trasladado a otro sector.

—Salga, sargento. Lo que sea o no prudente, lo decidiré.

Cuando hubo salido Carruthers, el teniente Davidson volvió a sentarse jugando unos instantes entre sus dedos con las cinco fichas seleccionadas por Scarlatti.

—Saca usted unas conclusiones demasiado rápidas, Bruno. Sugiere que Carruthers recibe el soborno de Stressa. ¿Por qué? ¿Porque Carruthers visita a Stressa? Usted también conoce y ha charlado con Nando Stressa.

—Nacimos en Palermo, y vinimos en el mismo barco, liados en pañales. También era hijo de emigrantes, pero a mí me dio por ser policía. Los hermanos Simone también son de Palermo, y conozco a sus padres… Bueno, el padre murió, pero la vieja sigue muy entera. Yo casi podría excusar a los Simone. Llegaron para trabajar en transportes, y los contrató Stressa, que los envenenó con la promesa de hacerlos ricos pronto. Pero el que no tiene excusa alguna, es un sucio embustero como Carruthers… ¡Oh, bien! ¿Tengo que demostrarlo, verdad? Mire… Ésta es la placa y la herramienta, y así

puedo hablar claro echando fuera todo el veneno.

—Usted no tiene veneno, y por esto le estoy escuchando. Yo puedo tener mis dudas con respecto a Carruthers, pero no basta sospechar y menos cuando no es el único policía que tropieza con la barrera de silencio, de protecciones y de impunidad que han creado tipos como Stressa. Si no consigue aportar una prueba clara de que Carruthers recibe soborno de Stressa, despídase de su oficio. Recoja ahora esto, y vaya meditando en lo que le anticipo. Cuando Carruthers dé el parte, yo lo cursaré. ¡Y le digo más! Que uno de nosotros se meta en el camino de un tipo listo como Stressa, tiene sus riesgos, pero en usted son triples. No le perdonan que usted, un siciliano, esté al otro lado de la barrera.

—También es siciliano el alcalde. Oiga, jefe…, ¿por qué no me da un permiso de cuarenta y ocho horas? Con «plena autoridad dependiente», ¿comprende, jefe? Usted es de los limpios y por eso precisamente quiere retirarse, harto de luchar en vano contra la turba de vendidos a sueldo de tipos como Stressa. Deme, pues, una oportunidad. Carta blanca para, independientemente de Carruthers, y a solas, interrogar a los testigos.

—Estás buscándote un entierro vulgar, y yo no debería permitirlo.

—Pero ¿qué tal si nos entierran juntos a Stressa, a los Simone, y a Carruthers en la misma fosa? Porque no lo dude, jefe. Si me tumban, sabré demostrar aún muerto, de dónde sonaron los tiros. Tengo mí libretita, ya lo vio. Y acabo de oír algunas cosas interesantes por los alrededores del «Jefferson Market». Por ejemplo, una chiquilla que aseguraba que uno de los pistoleros lanzó un grito al entrar en el coche, y los otros le subieron a estirones. Nadie había disparado. Debió chocar con la portezuela, pero dice la chiquilla que le vió arrastrar la pierna derecha… Bien, gracias, jefe, es usted un gran hombre.

Sopló Scarlatti en la reciente firma que acababa de estampar el teniente Davidson al pie de una tarjeta de «misión independiente», especificando en el apartado correspondiente:

«Interrogatorios referentes atraco “Jefferson Market”».

Capítulo II

La vivienda era pequeña, pero flanqueada a los cuatro costados por amplios jardines, al oeste de Chicago, en sus exteriores, por donde corría la ruta, hacia Evanston.

En el arco sobre la puerta de madera, aparecía pintado en azul sobre fondo blanco:

«Plantio Stressa».

Era uno de los viveros propiedad de Nando Stressa, y lo atendían dos mujeres y un hombre. Una de ellas era Lutetia Simone, considerada como gerente, aunque trabajaba la tierra con el viejo irlandés Kelly.

La otra mujer era Glenda Scott, y sus manos muy cuidadas, no tocaban herramientas ni bancales. Venía a dormir tan sólo, efectuando sus comidas en la floristería del distrito cuarto sudeste de la capital.

Se marchaba por las mañanas conduciendo el coche, cuya mitad posterior, había sido convertida en caja de transporte de flores.

Regresaba hacia las diez de la noche.

Fué a las cuatro de la tarde, cuando el viejo Kelly dejó de regar, para ir a abrir. Cuando reconoció al visitante, dijo sin rudeza:

—Ha perdido el viaje, porque no hay nadie.

—Usted es alguien, ¿no? Además, allí veo a la jefa.

Avanzó Scarlatti por la estrecha alameda, hacia el arriate, donde Lutetia Simone estaba cerrando las inclinadas cristaleras.

—¿Cómo está usted, señoría Simone?

Alta, enjuta, aun hermoso el semblante donde tenían juvenil

fulgor los negros ojos, la siciliana, secándose las manos en el delantal, sin responder dió media vuelta, dirigiéndose hacia el emparrado que protegía la entrada lateral a la vivienda.

La siguió el policía, viéndola echar al fuego del hogar un haz de sarmientos.

—Octubre tiene sus sorpresas, señora Simone.

—Hace ya años que me he acostumbrado a todas las sorpresas, pero no veo el motivo por el que me hablas en la lengua que no es la tuya nativa, Bruno.

—Cuando nos vimos allá por junio, usted me dijo que no tenía yo derecho a hablar la lengua de mis padres.

—Porque viniste a buscarles pelea a mis hijos.

—Todo lo contrario, y usted lo sabe muy bien. Vine a decirles que se apartaran de Stressa…

—Stressa me ha dado esta casa, y mis hijos ganan mucho dinero en sus negocios. Stressa es un hombre notable de la ciudad. Lo van a elegir para concejal. Eso he leído. No es como tú, un pobretón chismoso.

—Yo no dudo que Stressa sea un gran hombre, y que sabrá nadar guardando la ropa. Pero hubiera sido mejor que usted les mandara a sus hijos que se fueran a otro Estado. Yo le debo respeto, señora Simone, pero, cuando sus hijos se comprometan, ¿a quién le echará usted la culpa?

—Te serviré un buen café, y te irás. No has de volver más por aquí, Bruno. Pronto mis hijos tendrán bastante dinero para que regresemos a Catalgireta, y me edificarán la casa en que soñaba Tulio. Y ellos lo dicen: «Stressa es un señor muy influyente, gran amigo de las autoridades principales del distrito». Tú no eres más que un pobretón chismoso, Bruno, aunque sé que no te guiaba mal fin cuando en junio viniste a decirles a mis hijos que no se comprometieran.

—Hoy se han comprometido.

Ella tendió la taza, mirando con fijeza al policía.

—El señor Stressa me dijo que te echara de aquí, cuando vinieras. Dice que eres un envidioso. También lo dicen mis hijos.

—¿Y usted lo cree?

—Yo soy una campesina. Esta casa es del señor Stressa, y mis hijos trabajan y ganan dinero. Ahí tienes a este hombre. También su

hijo Jim trabaja para el señor, Stressa.

—Y vea qué contento está. ¿Verdad que está usted muy contento, señor Kelly?

El irlandés fué a beber directamente del gollete de un frasco. Se enjugó los labios con el dorso de la mano terrosa.

—He de trasladar las peonías en cama caliente, porque no cogen la tierra, señora.

Volvió a salir.

—Voy a irme yo también, señora Simone. Dígales a sus hijos, que si quieren terminar como deben, que salgan de la nación, antes de que sea tarde. Estoy llevando la investigación del atraco de este mediodía, y tengo ya tres testigos, que están dispuestos a declarar. Ya no son chismes… Puede que antes de que obscurezca, vengan aquí ellos, si no están escondidos… Uno de ellos cojea… ¡Ah!… Parece que le ha picado un tábano, ¿eh, señora Simone?

—Fuera de aquí. Bruno. Lo que tengas que hablar, díselo al señor Stressa.

—A eso voy, pero vaya usted pensando que si quiere verlos a los tres en Catalgireta, deben darse prisa, porque esta noche no voy a dormir, pero mañana amanecerá un día malo para los Simone. Y lo sentiría por usted. Buenas tardes, señora Simone.

Ella hizo un solemne gesto, pareciendo bendecir con su mano derecha…

—Dios te proteja, Bruno Scarlatti.

—A todos nosotros, señora.

En la alameda, el viejo irlandés se incorporó, cogiendo el cigarrillo que le tendía Bruno Scarlatti.

—Mala se anuncia la noche, señor Kelly. Hay una tormenta que se está fraguando hace cinco meses, y creo que va a estallar esta noche… Claro, que podría protegerse del rayo, alguno… como por ejemplo Jim, si escapa a tiempo, dejando por escrito…

—Me queda poco por ver en este mundo, pero me iré sin lograr dos cosas. Que Jim cambie de parecer, una vez ha tomado una decisión y que usted siendo como es inteligente, no comprenda que es perder de antemano luchar sólo contra la mayoría.

—Después vendrán los llantos, señor Kelly.

—Yo no lloraré por nadie. Estoy aquí, porque me gusta el vino y no sirvo para nada más. Pero, usted es joven e inteligente… ¿por

qué se obstina en nadar contra la corriente?

—Será porque no soy tan inteligente como se cree usted. Buenas tardes señor Kelly.

Durante todo el tiempo, Bruno Scarlatti parecía tener el brazo izquierdo inválido. Lo tenía pegado al costado, hundida la mano en el bolsillo del amplio abrigo.

Sus ojos vivaces escrutaban en rededor, cuando atravesado el umbral, se dirigió hacia el taxi que aguardaba.

—No vi a nadie, Bruno.

—No son tan impetuosos como para salirme al paso, mientras no se lo mande Stressa. Vamos ahora al 72 de Garfield.

Carlo Varzi embragó, tendiendo el oído hacia los ruidos del motor. Su ancha faz bonachona, expresaba inquietud. Por fin, el «Ford», arrancó sin más petardeos.

A su lado, Bruno Scarlatti fumaba pensativo.

—¿Te hizo caso la «*signora*»?

—Se lo he advertido. Yo no considero criminales a los asesinos como Gaetano, sino a los que los empujan y protegen, como Stressa y el cochino de Carruthers. Pero si se quedan y consigo refregarle por las narices a Stressa… Cuidado, Carlo… Harás lo convenido. Parar en seco y agacharte, tan pronto te avise…

Sudoroso el rostro, el chofer se mordió el mostacho, crispadas las manos en el volante. Empezó a salmodiar:

—*¡Santa Madonna mía!* ¿Y por qué me metería yo a cogerte afecto, bandido? ¿Y por qué te dió por meterte policía, bandido?…

El coche que se aproximaba por detrás, pasó de largo.

Carlo Varzi exhaló un profundo suspiro.

—Tú fuiste el que viniste a verme, Carlo. Estabas seguro de lo que afirmabas, y estás dispuesto a declararlo. Y si estoy en tu cacharro es porque casi me obligaste.

—¡Ibas a coger el «Oldsmobile» del presumido Giano! Pero, escucha, Bruno… Yo fui muy amigo de tus padres, y les juré que tú no darías malos pasos. ¿A qué viene querer conseguir la luna?

—Demostrar que Stressa en un criminal, no es buscar la luna. ¿Qué quieren todos? ¡Pruebas, pruebas! Las voy reuniendo.

—Está bien. Las vas reuniendo, eso es. Y, ¿dónde está la ventaja, si ahora vas a ir a visitar a Nando Stressa?

—Te lo diré después. Pero ten bien en cuenta que si estaban

agazapados allá, los cinco saben ya que estás conmigo. Esta vez has de seguir hasta el final. No te valdrá como la otra vez, cuando tenías que declarar lo que me dijiste particularmente, y me dejaste por embustero.

—No fue así. ¡Hay que ver, hombre! Tienes mala idea, ¡cáscaras!

—Habías visto a Carruthers con Glenda Scott, y ella abría el bolso, y le daba un sobre a Carruthers, ¿no? Te llevó a mi brigada y cuando subes las escaleras, te dió un mareo. Estabas indispuesto, asegurabas. Fuimos al bar, y te tomaste dos tazas, para llegar a la conclusión de que el sobre podía muy bien no ser un sobre, y Glenda Scott no ser la mujer de Norman Scott, sino una rubia que se le parecía.

—Cuando te pones así, da asco. Te oye cualquiera, y saca la conclusión de que fui un cobarde… ¡Bueno, pues sí, cáscaras! Yo soy chofer de un taxi, ¿no? Stressa cogió un día mi coche. Aun le estoy viendo, tan amable, tan señor… Me dijo que tú no eras un mal chico, pero que te empeñabas en ser como el león entre hienas.

—Pararás en la esquina de Michigan con la Cuarenta y Siete. Iré a pie hasta la tienda. Me esperas. Y no te enfurruñes, viejo. Tú sabes que te tengo cariño. Tal vez eres la única persona, muertos los míos, a quien le tenga yo ley.

—Ahí está el mal, Bruno. Te estoy viendo buscar las balas… y me da no sé qué, ¡cáscaras! Déjalos a todos con sus trapicheos. No puedes tú solo cambiar el mundo.

—Algún día llegará en que Chicago estará limpia de cuadrillas. Y te sentirás muy orgulloso de mí, si me pasa algo…

—¡Sí, hombre! Como esa pobre gente que vi llorar ante la placa de mármol en que van poniendo los nombres de los policías a medida que los entierran. Estaban muy orgullosos, ¡vaya que sí! Y les caían de los ojos lagrimones como garbanzos. En fin… Lo que ha de ser, será. ¿De veras no quieres que te lleve hasta la tienda de Stressa?

—No. Esperas aquí. Tardaré poco.

CAPÍTULO III

Glenda Scott sacó de un florero el ramillete, entregándolo al mozo que procedió a recortar y envolver los tallos con papel de plata.

Se volvió ella al oír los pasos. No demostró sorpresa alguna, porque estaba advertida.

—Buenas tardes. ¿Se le ofrece algo?

—Admirarte primero, Glenda. Sigues tan preciosa. Una flor más entre tantas.

—Tengo ya marido que me dedica los adecuados halagos, señor Scarlatti. ¿Qué flor le ha llamado la atención?

—Hacia las cuatro suele venir Nando Stressa. No es precisamente una flor, pero es él quien llama mi atención.

—Apartando aquella cortina, encontrará usted una escalera. Subiendo por ella, llegará a un pasillo, y encontrará a alguien. Pregúntele por el señor Stressa.

—A eso voy.

En la escalera, la mano izquierda del policía volvió a hundirse en su bolsillo. En el rellano, dos hombres aparecían muy interesados leyendo un periódico.

Norman Scott y Jim Kelly alzaron la vista. Trataban de obedecer la orden, pero les era difícil ser amables.

—Hola, Jim. ¿Qué tal, Scott? Hubiese jurado que hace cosa de unos diez minutos ibais en un «Chrysler» por la carretera de Evanston. Hasta hubiera jurado que llevaba el volante Gino Simone.

Fué Norman Scott el que replicó ásperamente:

—Usted puede ver visiones. Ahora, si lo que quiere es ver al patrón ahí lo tiene. Siga la dirección de la flecha.

Norman Scott señalaba con el pulgar el pasillo en su ala derecha, Jim Kelly volvió a mirar el periódico.

—Cada día más guapa tu esposa, Scott. Puedes tener la seguridad de que si se queda viuda, y va a ser pronto…

—¡Quieto, Scott; quieto!

La voz era amable, pero Norman Scott, medio incorporado, volvió a sentarse.

Avanzó Scarlatti hacia el umbral, dos puertas más allá de donde se sentaban los dos pistoleros.

Nando Stressa examinaba al policía como quien estudia un problema de difícil solución. Invitó:

—Adelante, amigo. Creo que ya conoce a los hermanos Simone.

En el salón, lujosamente amueblado, Gaetano Simone prefería mantenerse de espaldas, al fondo, mirando un estante en el que en un bocal transparentaba las evoluciones de unos peces rojos.

Gino y Aldo Simone se sentaban en opuestas esquinas, también del fondo.

Nando Stressa señaló, un butacón, mientras se reclinaba contra el borde de una mesa, sentándose a medias.

—Así da gusto, Stressa. Todos en familia.

—¿Le ha extrañado mucho?

—Llevo meses tratando de extrañarle a usted, Stressa. Pero usted se las sabe todas. Y no hay milagro, sino un dinero empleado a tiempo. Se lo dijo Carruthers, ¿verdad?

—¿Quién es Carruthers?

—Un sargento de policía del sector Cuarto. Precisamente el que también hoy está de servicio, y hace ver que se toma muy en serio la investigación referente al atraco del «Jefferson Market». ¿Qué tal te encuentras, Gaetano? Siempre tan mal educado, volviendo la espalda a las visitas. La espalda… ¿Por qué te fascina tanto rellenar de plomo las espaldas de los que ya están muertos?

—Lo que se propone es imposible, Scarlatti. Ninguno de estos hombres va a sentirse ofendido. Usted es lo suficientemente inteligente, para comprender que no les interesa a ellos, pelear con la policía.

—Es que tengo ya la mecha. Hasta ahora fui echando algodón en el barrilito, pero desde este mediodía he ido reuniendo dinamita. Y me gusta exponer los sucesos, por orden. Esta tarjeta especifica mi derecho a interrogar.

—Y nosotros a su disposición.

—Mi primera pregunta es del género tonto. Nunca me han gustado las piernas masculinas, pero me encantaría ver las piernas a los hermanitos. Veréis el por qué, hermanitos. Tengo una declaración escrita, donde se describe a un hombre con abrigo gris, solapas alzadas, que fué el último en subir a un torpedo negro. Lanzó una imprecación, tropezando, y desde el interior del coche, unas manos le atrajeron. Chocó contra la portezuela, y apostaría cualquier cosa a que es uno de estos tres hermanitos. Jim Kelly con Norman Scott guardan la espalda, mientras entráis. Sale primero Gino que va al volante, y casi juraría que Gaetano, que quiere disparar su ración, como sea, porque es un enfermo que se pone loco con un gatillo pegado al índice, sale el último.

—Ahora recuerdo que ayer tropezaste con la portezuela del camión, Gaetano. Enséñale la pierna a Scarlatti. No será preciso que te quites la venda.

—Ni que te arremangues el calzón, Gaetano. Sigue mirando los peces de colores. Ahora te toca a ti, Aldo. Tienes unos ojos azules preciosos, y unas cejas curiosas… Un poco truncada la derecha. Ya me lo contó la señora Lutetia. De pequeño te hiciste un corte muy profundo. Claro, por entonces, no sabías que esta ceja y el hermoso azul de tu mirada, iban a llamar tanto la atención de una cajera…

Aldo Simone parecía estar muy aburrido.

—Es usted muy amable por venir a explicarnos tantas cosas, Scarlatti. ¿Por qué se ha tomado tantas molestias? Bastaba con haber citado a estos muchachos, que hubieran acudido muy gustosos.

—Acompañados del respectivo abogaducho. ¿No es preferible una charla así? Todos amigos. Desde las doce estoy andando de un lado para otro, hasta que decidí visitar a la señora Simone. Me pareció olfatear tu perfume de violeta, Gino. Siempre con la manía, de engrasarse el cabello con pomada a la violeta.

—Tiene narices de perro pachón el chico —comentó, seriamente, Aldo Simone.

De espaldas, Gaetano Simone hizo temblar sus estrechos hombros, al reír agudamente.

Bruno Scarlatti aguardó unos instantes, mientras Stressa repicaba con el índice sobre sus dientes. Dijo:

—Está la tarde desagradable. ¿Lo percibe, Scarlatti?

—Veo que tiene dentera, patrón. Y se le va a aumentar cuando sepa que toda su influencia se estrellará contra una evidencia rotunda. Puedo alegar que estoy faroleando, y que simulo llevar en la mano cuatro ases, cuando sólo he ligado uno, y gracias. Pero es que usted, con toda su listeza, no puede adivinar la razón de que esté aquí.

—Me atrevería a apostar qué está buscando una camorra imposible, Scarlatti. Ya sé que es un hombre valiente, temerario, ansioso de llegar a sargento. No te rías, Gaetano. No es chiste.

—No, será tampoco chistosa la sesión de teatro que os preparo. Falta sólo un testigo más, y me darán la firma, para que los cinco os pongáis en fila con otros. Una chiquilla, un viejo, una cajera, y dos estudiantes. Cinco personas dispuestas a reconocer a los que mataron a tres empleados del «Jefferson». Les he convencido de que sois una cuadrilla independiente. Al caer vosotros cinco, nadie se cuidará de tomar represalias contra ellos.

—Nos está asustando el chico —dijo Aldo Simone.

—Y hay más, Stressa. La cajera es la única que usted puede sobornar, pero a los otros cuatro no podrá. Están en sitio muy seguro. La cajera se resiste, y como es el testigo principal, ha consentido en esperarme en mi pensión. Hay siempre mucha gente allí. Pero ya ha firmado bajo la ficha de Aldo, detallando ella misma el color de los ojos, la ceja partida, aproximadamente la altura y esbeltez… Ahora, convénzalos, Stressa. Dígales que usted va a inventar un tribunal, que usted sobornará al juez especial enviado de la Comisión Federal… Si le creen, es que son dignos de morir como estúpidos y cobardes asesinos que son todos ellos en manada. Y puede que les contente, llevarme por delante.

—Esto quisieras tú, puerco traidor —rezongó Gino Simone—. ¿Tenemos que seguir escuchando las fanfarronadas de este chismoso, señor Stressa?

—Id abajo.

Los tres hermanos abandonaron el salón, y Stressa fué a cerrar la puerta. Miró al que sentado, extendió las piernas…

—Han corrido rumores de que usted se propone demostrar que John Carruthers es muy amigo mío.

—Al menos lo es de Glenda Scott, y tengo testigos de que ella le entregó un sobre con muchos miramientos. En todo esto, usted no

ha podido aún adivinar mi móvil. Prefiero explicárselo, mientras queda tiempo. Cuando los Simone vinieron aquí, pensaban dedicarse a la construcción o a lo que fuera, manejando pico y pala, o cualquier herramienta de las que allá en Sicilia no les producía bastante para labrarse un porvenir. Lo mismo que Scott y Kelly. Y usted, con sus invernaderos, les proporciona aparentemente un trabajo. Hasta que les explica el modo de hacerse ricos pronto. Ellos son cobardes asesinos en cuadrilla, pero tienen perdón porque son salvajes ignorantes, a los que hombres como usted les garantizan la impunidad. Pero se va acabando el reino de las sabandijas como usted. Acuden ya jueces federales, a los que no puede sobornarse… ¿Le duele ahora el estómago, Stressa?

—Lárguese. Ya he tenido bastante paciencia, y voy a lograr que le destituyan, me cueste lo que me cueste. No volverá usted a fanfarronear; se lo prometo.

—De momento dedíquese a llamar a todos los abogados que conozca, porque le van a hacer mucha falta, Stressa. Sus flores no producen tanto, como para que sus cuentas corrientes en los Bancos de Nueva York, asciendan a más de los trescientos mil. ¿Di en su boca, que vuelve a tocarse la dentadura?

—Me temo que está usted demasiado seguro de sí, Bruno Scarlatti.

—Éste ha sido su error. Creerse que año tras año, la nación iba a verles convertir Chicago en una cloaca. No se moleste… Conozco el camino.

—Es preferible que salga por la otra escalera. Al fin y al cabo sigue usted siendo un policía, y mis amigos no tienen el menor sentido del humor.

—No tardará en comprobarlo.

Capítulo IV

Apenas se hubo marchado Scarlatti, bajó Stressa la otra escalera. Y oyó la discusión:

—¡Filfa, pura filfa! Si tuviera pruebas, no estaría avisando. Lo que quiere es meternos pánico.

—¡Pero si la cajera…!

—Callad de una vez —atajó Stressa, apareciendo en la trastienda —. Estáis nerviosos y convendría que os fuerais al campo. Ahora mismo, y para nada saldréis de Kellogg Junction, hasta que no os avise. Voy a encargar a Carruthers, que arregle las cuentas a este entrometido, y vosotros quietos en Kellogg Junction, hasta que Glenda os comunique que podéis volver. Andando, y no perdáis la cabeza. ¿No os he sacado siempre, del atolladero? Apenas lleguéis allá, destruid el coche, porque sería una prueba de identificación si consigue Scarlatti que testimonien, que lo dudo.

Minutos después Glenda Scott subía al salón.

—He cerrado. ¿Es tan grave la situación?

—No lo sé, si éstos se apartan unas horas de la circulación, hasta que se arregle todo. Te vieron darle el dinero a Carruthers.

—Me vieron darle un sobre.

—¿Quién?

—No sé. Estaba lleno el «Spikeasy», y… ¿por qué me mira usted así?

—Porque hace ya tiempo que Scarlatti nos espiaba a todos, y sólo ha venido a saberlo el imbécil de Carruthers hoy. ¿Cómo pudo Scarlatti saber que yo enviaba fondos a Nueva York? Los llevaste tú misma, con tu marido.

—Si él nos espiaba, debió avisarnos usted. Además, ¿no cuenta con Carruthers? Es él quien lleva la investigación, como siempre.

—Pero el teniente Davidson ha autorizado a Scarlatti… Escucha, Glenda. ¿Sabes dónde se hospeda Scarlatti, verdad?

—Sí.

—Tiene allí a una muchacha llamada Joan Fields, la cajera. Si la convence Scarlatti, sería un testigo de peso, y se nos echarían encima los de la Comisión Federal. Ya sé que Scarlatti intenta coger a uno de nosotros en flagrante delito de soborno, pero aquí tendré yo a cuatro testigos para probar que no abandonaste la tienda. Eres más lista que ninguna. Mientras me ocupo de todo, puedes ir a esta dirección. Viven en esta casa los padres de Joan Fields. Dales unos billetes, y qué llamen a su hija. Maneja bien los hilos sentimentales. Preséntate como una testigo que se quedó viuda… En fin, urge evitar que Scarlatti nos gane terreno.

* * *

John Carruthers adelantó los labios para formular la sílaba negativa que no salió de su garganta, porque, agresivo, Nando Stressa avanzó su diestra.

Retrocedió el policía.



—Óyeme bien Aldo Simone, sabemos que estás ahí

—No vuelva a hacer eso, Stressa. No me han tocado la cara, más que mujeres, con mi consentimiento. Si está usted nervioso perdido, tome bromuro.

—¡Si me hundo, usted conmigo!

—No precipite el naufragio, comportándose como un novato. Estaba usted muy seguro, mientras las cosas iban bien. ¿Que ahora surgen conflictos? Puede lavarse las manos, si ninguno de sus cinco

pistoleros habla. Sólo ellos pueden comprometerle.

—Es que si Scarlatti reúne cinco testigos, intervendrá el juez federal. Sin jurado que podamos comprar. Y esto ha de evitarlo. Tiene que evitarlo.

—Depende de lo que decida Joan Fields. Ya sabe que Scarlatti la «maduró», asegurándole que no tenía nada que temer, puesto que despareciendo el «gang», no sólo nadie le haría daño, sino que además de ser mencionada como heroica, ganaba la recompensa ofrecida por la Comisión. Son cinco mil dólares amigo. Y Scarlatti es un chico persuasivo, cuando lo quiere ser.

—¡Al fin y al cabo, usted es también otro polizonte más!

—Era… ¿Me ha citado para que empecemos a insultarnos?

—Para evitar que usted y yo perdamos la partida. Sabe Scarlatti más de lo que pensábamos.

—Es listo.

—Pero, si Joan Fields no habla…

—¿No se le habrá ocurrido la idea genial de enviar sus pistoleros a liquidar a Joan Fields? ¡Sería genial, sí!… ¿No comprende que es precisamente lo que busca Scarlatti? Pillar a cualquiera de sus pistoleros…

—He enviado a Glenda a convencer a los padres de la cajera…

—¡Idiota! Usted sólo sabe navegar cuando el agua está lisa. Escuche, Stressa. Scarlatti habrá ya hablado con los padres de la chica Fields. No es un novato, y ha estudiado a fondo la asignatura de sobornos. Por suerte, Glenda Scott no es una estúpida. ¿Tiene un medio de comunicar con los cinco?

—Sí. Hay teléfono.

—Pueden oírle. Coja su coche, y vaya a avisarles, que no deben abandonar la casa, bajo ninguna invitación. Dígales que Scarlatti planea una trampa pero que ellos no deben atender ninguna invitación de la policía…

—¿Con qué fin?

—Si caen los cinco, y lo puedo arreglar, todavía puede usted salir con poco daño. Me parece que le conviene que tome yo las riendas. Vaya a avisar a sus cinco pistoleros y después reclúyase en su tienda de Evanston. Déjeme el resto a mi cuenta. Voy a ver si enmiendo su primer error.

* * *

Glenda Scott saludó.

—Buenas tardes. ¿Es usted la señora Fields?

—Sí. Yo soy. Pase usted, señorita. ¡Frederick! Creo que es otra vez alguien de la Prensa.

El hombre que apareció en el recibidor, tenía la robustez y cierta arrogancia de torso, que clamaba la costumbre de llevar guerrera.

Glenda Scott tuvo tiempo de ver en un marco la fotografía de un hombre con uniforme azul, botones plateados, y gorra.

El guardián de servicio nocturno en los «*Stocks* Yards», agregado al cuerpo policial, preguntó:

—¿Es usted periodista?

—No precisamente, pero deseaba obtener un reportaje, y hubiese querido ver a su hija Joan.

—La encontrará en la pensión del tercer piso del número 60 de Garfield Park, señorita. Pero antes de que se vaya, ¿tiene la bondad? He recibido una orden. Debo pedir a cuantos nos visiten, que me enseñen su documentación. Me lo ha ordenado así un policía.

—No llevo encima ningún documento… Es absurdo su modo de recibir…

—Dame la guerrera, madre —pidió el guardián.

—Esta señorita no viene con buen fin. No, no pretenda escaparse, amiguita. Tengo las piernas más largas que las suyas. Ya me lo advirtió el señor Scarlatti, y estuve de acuerdo. Ha de terminarse con la vergüenza que supone el soborno, la amenaza, y bastará con que unos cuantos ciudadanos honrados, hagan frente a sus responsabilidades… Gracias, madre. Y no te preocupes. Hemos de cumplir con nuestro deber.

Glenda Scott, con rabioso taconeo, atendió la señal del guardián, que pomposo, se sentía uno de los que serían mencionados en el cuadro de honor.

En la calle, dijo ella:

—Le advierto que le pesará. Yo puedo demostrar que he enviado artículos a varias revistas, y mi esposo…

—Yo le pido su documentación. Eso es todo. ¿No la tiene? Pues ya infringe usted su obligación. Viene preguntando por Joan, horas

después del atentado…

—¡Sargento Carruthers! —exclamó ella aliviada, al reconocer al hombre que acababa de bajar de un coche—. Explíquele a este hombre quién soy yo…

—Buenas tardes, señor Fields. ¿Qué sucede?

—Esta señorita vino preguntando por Joan. No lleva papeles, y alegaba que era periodista. He cumplido con mi obligación, tal como me ordenó el policía señor Scarlatti.

—Ha hecho usted muy bien, y no deje de repetir su acto de colaboración. ¡Usted, suba al coche! ¿Quiere venir, señor Fields?

—Prefiero volver a mi casa. Mi mujer no está muy tranquila. Estuvo usted muy oportuno, sargento. Veo que ya podemos contar…

En el coche, y sin replicar al comentario de Fields, el sargento Carruthers, pisó el embrague.

—La creía menos nerviosa, Glenda. ¿Es que no se dan cuenta de que lo que pretende Scarlatti es precisamente esto? Que ustedes mismos cometan torpezas… Scarlatti ha reunido ya cinco testigos y es posible que a esta hora, esté ya interrogándolos el juez especial. Conviene que usted se esfume. Yo me las entenderé con Scarlatti. Le he recomendado a Stressa que se mantenga tranquilo. No es el momento de enviar leguleyos, sino de tratar de anular los testimonios, por incomparecencia, dando así tiempo a que podamos hacerles rectificar. La dejaré en Junction, y es mejor que se ausente del Estado, hasta nuevas noticias.

—Si desaparecemos todos, equivaldrá a reconocer…

—Es tarde para tomar mejores medidas. Haga una cosa. Vaya a reunirse con Stressa. Dígale qué yo pude evitar que usted se viera, con Frederick Fields, el agregado policial. Y un consejo, Glenda. ¿Usted quiere a Norman, verdad?

—Naturalmente.

—Pues desconfíe de Stressa. Es muy capaz de hacer liquidar por la policía a su marido, a los Simone, y a Kelly, con tal de quedarse libre de testigos comprometedores.

—No puedo…

—Yo conozco a tipos como Stressa. Muy seguros, mientras con dinero compran aliados. Acobardados y rastreros, apenas vislumbran un poco de peligro. No le diga nada de mis sospechas,

mientras yo no se las confirme, Glenda. Pero a él, salvo las declaraciones de cualquiera de los cinco, si son cogidos nada le puede comprometer. Siempre invocaría su negocio, y que los cinco actuaban por cuenta propia…

—No sería capaz de hacer matar a mi marido… ¡No puedo creerlo!

—Espero que lo pueda yo arreglar. No diga nada, y que él no sospeche. Esta noche sabré a qué atenerme. Soy yo quien lleva la investigación.

* * *

El teniente Davidson escuchó al teléfono, para casi al instante comunicar con la centralilla.

—¡Todos los agentes disponibles de la sección del sargento Carruthers, a sus coches!

Miró a Scarlatti.

—Ésta es una sorpresa que usted no esperaba, muchacho. Acaba de comunicarme Carruthers que viene hacia aquí, para llevarse a sus hombres a Kellogg Junction, donde se han escondido los Simone, Jim Kelly y Norman Scott… Que ha habido desbandada general, y que encontró la tienda de Stressa cerrada, con toda la banda ausente. ¿Sorprendido, no?

—Un rato. De todos modos, el juez está con los testigos, y no tardará en dictar orden de detención contra Aldo Simone. Voy a echar un vistazo con su permiso, jefe.

Pero Scarlatti no fué a la sala de interrogatorios, sino al garaje. Estaban ya repartidos en dos coches, los policías de la sección de Carruthers.

Scarlatti salió al patio, donde al poco entraba el coche conducido por Carruthers.

Corrió el sargento a la centralilla, para comunicar:

—He confirmado la denuncia, señor. Han huido a Kellogg Junction y salvo contraorden, intentaré convencerles de la ventaja de entregarse… ¿Cómo, señor? Muy bien, señor. Le esperaré.

Volvió calmosamente al coche, en cuyo estribo apoyaba un tacón, reclinado contra la portezuela, Bruno Scarlatti.

—Estaba con su jefe, cuando usted comunicó la gran noticia,

sargento. ¿Quién ha denunciado a quién?

—Espera a que te propongan para el ascenso, antes de hacer preguntas. Tú has sabido encontrar testigos con valor, pero yo no dormía mientras. Cuando encontremos el coche negro, y canten los cinco, me pedirás perdón. Ya sabrás entonces lo qué contenían los sobres que me daba Glenda Scott. ¡A la orden, señor! Se han reunido en una casa de Kellogg Junction, en donde tienen el torpedo negro «Chrysler»…

—Coja el volante, Scarlatti. Vamos allá.

Pusiéronse en marcha los tres coches. Dijo Davidson:

—Ha dado ya el juez federal orden de detención contra los hermanos Simone, Kelly, al igual que Scott, sólo podrán ser retenidos para identificación. Si sus informes no fallan, sargento, creo que haremos redada completa.

CAPÍTULO V

Gaetano Simone se mordía las uñas, reclinado contra la ventana que daba al jardín comunicante con la carretera.

En el caserón de madera, cualquier rumor repercutía hondamente. En la obscuridad del anochecer, barrían de vez en cuando la carretera, faros de coches pasando en ambas direcciones.

En la otra ventana. Aldo Simone masculló:

—¿Estáis conformes vosotros?

Kelly estaba llenando el barrilete de su revólver, y a su lado, en la mesa, Norman Scott alineaba balas.

Un poco apartado, Gino Simone replicó:

—El patrón no puede arreglar las cosas en dos segundos. Ya lo habéis oído. Es cuestión de unas horas, y todo estará conforme.

—Pero si mientras llega Scarlatti, tratará de llevarnos ante los testigos. Yo no voy. Ni tampoco si se decide a venir, lo hará solo. ¿Por qué tenemos que estar aquí? Con coger el «Chrysler», y salir para el Norte, también podemos esperar…

—¡Apaga las luces, Gino! —exclamó Aldo Simone—. Tres coches frenando… ¡Los focos! ¡No dispares, Gaetano!

—¡Quietos todos! —ordenó Gino Simone.

Desde la carretera, los tres faros colocados sobre el capot, dirigían sus haces hacia el caserón.

Veíanse sombras deslizándose atendiendo las órdenes del sargento Carruthers. Fué el teniente Davidson el que empuñó el megáfono.

—¡Aldo Simone! Óyeme bien, Aldo Simone… Sabemos que estás en la casa. Sólo hay orden de detención contra ti. Aldo Simone. Sal con las manos en alto, y podréis…

Una ráfaga crepitó, haciendo saltar en añicos los cristales del

foco, encima de la cabeza del teniente Davidson que se agachó instintivamente.

Gaetano Simone rió agudamente, mientras del marco de la ventana se desprendían unas astillas, antes de que las siguientes balas, atravesando la amplia sala, fueran a incrustarse en la pared del fondo.

—Tú, atrás, Gino —susurró Aldo Simone, arrodillado—. Están dando la vuelta tres de ellos… ¡Kelly! Ven conmigo… Scott irá contigo, Gino… ¡Gaetano! ¡Maldición sobre tus huesos! ¡Cállate!

Gaetano Simone reía en incontenibles carcajadas, repitiendo entrecortamente:

—¡Co… pa… dos!

Se calló al propinarle su hermano mayor un bofetón de revés.

El megáfono amplió la voz del teniente Davidson:

—¡La carretera está cerrada al tráfico! ¡Diez hombres rodean la casa! ¡No empeoréis vuestra situación! ¡El que tire las armas y se entregue, puede beneficiarse de…!

De nuevo, fué Gaetano Simone el que saltó en pie, apretando el gatillo… Se arrodilló, gritando:

—¡Le di, le di de lleno! ¡Lo he visto, lo he visto!

El teniente Davidson, tras uno de los coches, ordenó:

—¡Que nadie dé un paso hasta que no lleguen los refuerzos pedidos! ¡Esta ralea no merece que ninguno de vosotros les acompañe al otro mundo!

Tiró el megáfono y el silencio se hizo denso. A cada lado, rozándole, estaban Scarlatti y Carruthers.

Tres policías se hallaban ya tras el seto, en el camino al sur de la casa, mientras otros dos, respectivamente, por cada lado se tendían en el suelo.

Apagados los focos, en quietud sitiadores y asediados, pasaron minutos.

Dispararon desde la fachada posterior y se oyó un grito, coincidiendo disparos, grito y el repentino fulgor de las linternas de los tres policías…

Norman Scott, rota la frente, quedó colgando sobre el marco de la ventana abierta, iluminado por una linterna, mientras las otras dos, por entre el seto enfocaban la otra ventana y la puerta del garaje.

Habló Carruthers:

—Si me lo permite, señor, puedo intentar la entrada por un lado. Bastaría que abrieran fuego desde aquí, y…

—Déjelos que ellos mismos se pierdan, o se rindan. No quiero héroes inútiles, sargento. Un poco más, y soy yo el primero en recibir el plomo… Imite a Scarlatti. Sabe esperar.

Bruno Scarlatti, sentado en el estribo, vuelto de espaldas, fumaba a lentas chupadas.

Se oyó una carcajada aguda precediendo en fracción de segundos a una ráfaga de disparos que repicaron metálicamente contra el chasis del coche en que se parapetaban Davidson y Carruthers, que se agacharon, mientras Scarlatti inclinaba la cabeza.

—No se entregarán —dijo Carruthers, cuando volvió el silencio.

—¡Ya no hay prisa! Además, lo que interesa es que alguno quede con vida. Es a Stressa a quien acusa Scarlatti… Si mueren estos chacales, saldría demasiado bien librado Stressa. Se habrá usted dado cuenta, ¿no, sargento?

Intervino Scarlatti:

—¿Puedo hacer una sugerencia, jefe?

—Hay tiempo para todo. ¿Qué se le ocurre?

—Usted mismo acaba de decirlo, jefe. Si mueren éstos, ¿quién va a declarar contra Stressa? Yo puedo probar suerte… Están distribuidos en las dos fachadas Norte y Sur. No hay ventanas por Este y Oeste. No resulta tan difícil pegarse a la pared y aprovechar el momento adecuado para colarse dentro. Bastaría con coger a un par de ellos, antes de que se exasperen y enmudezcan. Yo no quiero dármelas de listo, jefe, pero si me deja usted echarles un discurso…

—¡Coja el embudo!

Bruno Scarlatti tiró el cigarrillo, y aplicó a sus labios el megáfono.

—¡Oye, Jim! ¡Stressa os ha vendido! ¡Sólo Stressa sabía que estabais aquí! ¡Es a Stressa a quien interesa que vosotros seáis acribillados! ¿Por qué no está Stressa con vosotros? Id pensando en la respuesta.

Ampliada en la silenciosa quietud campestre, la voz gangosa penetraba en el caserón, donde arrodillado sobre sus tacones, Aldo Simone miró a Jim Kelly que a su lado, se encogió de hombros.

Bajo la otra ventana, Gaetano Simone fue enderezándose

lentamente, reptando contra el tabique junto al marco astillado.

—¡Stressa sabe que cuando los cinco estéis muertos, nadie podrá acusarle! ¡Os ha vendido! ¡Él os denunció llamando por teléfono…!

Fué Carruthers el que disparó al mismo tiempo que Gaetano Simone, riendo, apretaba el gatillo hacia el coche desde cuyo estribo, en pie, hablaba Scarlatti.

Gaetano Simone quedó en pie, con la mueca del rictus plasmada en el rostro. Se miró un instante el pecho, antes de caer de lado, muerto.

—¡Maldición sobre tus huesos! —gritó Aldo Simone—. Gaetano… Gaetano… Habla, hombre… ¿Te dieron? ¿Te dieron?

Bruno Scarlatti dijo:

—Ha estado usted muy oportuno, sargento Carruthers. Si tarda un solo segundo en disparar, Gaetano se sale con la suya… Ya creyó antes haberle dado al teniente, y esta vez… casi me atina.

Había caído de espaldas, por pellejo defensivo, y por reacción física, al sentir el impacto en su hombro derecho. Un balazo rebotando contra el capot.

—El grito de atrás fue elocuente, y son dos menos —comentó el teniente—. Si es otro de los Simone el que cayó allí, podríamos intentar que Scott y Kelly, se impongan al último siciliano. Vaya con cuidado, Carruthers, y nada de asaltos. Que le digan los de atrás, si vieron al que gritó, y reúna en la fachada trasera a los de oeste. Con cuidado, Carruthers.

—Descuide, señor.

Fué alejándose, inclinado, el sargento, adherido a la valla de apenas un metro que cercaba la fachada delantera del jardín donde la vegetación silvestre se había impuesto.

—Usted, Bruno, traiga aquí a los dos del este. ¿Está herido?

—No. Un refilón. Debo reconocer que el sargento disparó a tiempo. Gaetano había ya tomado el punto de mira.

Regresó dos minutos después, seguido por las agachadas siluetas de los dos policías.

—Desmonten los bidones, y tráiganlos aquí, muchachos —ordenó Davidson.

Los dos policías fueron hacia los otros dos coches. Scarlatti entró en el de Carruthers, alzando el asiento posterior.

—Será lo mejor. Lleváis los bidones a la fachada éste, y rociando

la madera, le dais fuego, regresando aquí. ¿Entendido, Scarlatti? Regresando aquí.

—Sí, jefe. Yo también los quiero oír hablar… Y hablarán.

Pasaron unos minutos, y vino a sentarse en el estribo Carruthers. Los otros dos policías se parapetaron uno detrás de cada coche.

—Fué Scott. Lo reconoció Bargen. Ha quedado con la mitad del cuerpo fuera. El otro es Gino, pero no dispara. O sea, que delante están Aldo y Kelly.

Olfateó Carruthers, sin que fuera visible la llama que iba lamiendo con progresiva voracidad la fachada este…

—Scarlatti está prendiendo fuego allá. Creo que antes de achicharrarse, saldrán. Tampoco podemos interrumpir el tráfico, y contener a los periodistas, muchas horas… ¿De acuerdo, sargento?

—Usted manda, señor. Pero Gino y Aldo no saldrán brazos arriba. Son energúmenos incapaces de rendirse. Ya lo verá, señor.

Vino Scarlatti a sentarse, pasándose el pañuelo por las manos.

—Smith y Terry se han quedado viendo la fogata, por si hay brecha, y quieren salir por allí. ¿Era un Simone el que cayó atrás, sargento?

—Era Scott.

—Mala suerte. Han caído los dos más flojos. ¿Por qué no me deja intentar…?

—¡Al diablo con los dos! Se están quietos aquí. No podrán aguantar mucho. Esa madera arderá como tea.

La llama iba ya formando humarada por el ala donde uno de los bidones reventó, saltando en alto.

En el interior, tosió Jim Kelly.

—Nos van a asar, nos van a asar, Aldo. Y tiene razón… ¿Qué ha hecho Stressa? Meternos aquí, en el cepo.

Gino Simone acababa de llegar, y quedó un instante sobre los codos, mirando a Gaetano…

—Ha de pagar por esto —dijo Gino, señalando con su revólver el cadáver riente—. No me importa ir a la silla, pero que venga con nosotros Stressa… ¿Viste quién es el que está con Davidson y Scarlatti? El muy cochino de Carruthers. Encima le darían una medalla.

—¡No lo hagas, Gino! —bramo Aldo—. ¡Te lo prohíbo! Tira ese pañuelo… ¿Banderita blanca con los que se han cargado a Gaetano?

—Yo… voy a rendirme, y te estoy apuntando, Aldo —mascullo Jim—. Voy a rendirme… Nos estamos asfixiando aquí, ¿no? Esto es el infierno anticipado, ¿no? ¡Voy a rendirme! Yo no quiero que Stressa y Carruthers…

—Tú puedes hacer lo que quieras, irlandés. ¡Echa a andar!

Jim Kelly gritó:

—¡No disparen, no disparen! ¡Me rindo!…

Fue retrocediendo apuntando hacía los dos hermanos arrodillados. Las llamas iban ya penetrando con crujidos siniestros…

Atravesaba el umbral, cuando disparó hacia el suelo, alcanzado en cara y pecho por las balas certeras que disparaba Aldo Simone.

La puerta abanicó unos instantes, deteniéndose cuando dejó de chocar contra el cuerpo de Jim Kelly.

—¿Por qué le mataste, Aldo? ¿Por qué?

—Si Stressa sale con bien, ya se cuidará de Carruthers. Él no puede habernos traicionado, pero si lo hizo, siempre queda Glenda. Ella quería a Norman…

Gino Simone colocó su pistola bajo el sobaco izquierdo. Se aplicó el índice y el mayor en la frente, musitando:

—En el nombre del Padre…

—Ya no es hora de rezar, Gino. Eso antes… Ahora, a escoger bien la carne… Yo a por Bruno… Tú a por Carruthers…

—… del Hijo, del Espíritu Santo, Amén… Reza tú también, Aldo. ¡Reza, o te…!

Encañonado por la pistola de Gino, Aldo Simone se persignó.

Con estruendo cayó en brasas un panel, y las llamitas saltaron, gozosas por el seco entarimado.

—Están tras el coche del centro. Les vi. Podemos salir brazos en alto, Gino. Bastará con que se dejen ver… Yo a por Bruno, y tú a por Carruthers. No lo falles. Tira tú primero, Gino. ¿Estás conforme?

—Sí.

—Echa fuera el pañuelo.

Gino Simone se levantó, acercándose a Gaetano, cuyos párpados cerró, trazando sobre sus labios una cruz, que a la vez borraba la mueca sardónica.

Sacó un brazo por la ventana, ondeando el pañuelo…

—¡Vaya, parece que el fuego no les hace gracia! —rezongó Davidson—. ¡Alto el fuego! ¡Nadie dispara! ¡Salid vosotros! ¡Brazos en alto!

Apareció Gino Simone, sobre el que una linterna se proyectó. Tras él, andaba lentamente Aldo Simone, manos en alto…

—¡Quietos todos! —ordenó Davidson—. Seguid andando recto, los dos. Y no bajéis las manos. ¡Carruthers…!

El sargento Carruthers acababa de dar la vuelta al coche. Fué el instante en que, tirándose de rodillas, Gino Simone empuñó el revólver por entre la abierta camisa.

Y un poco más atrás, Aldo Simone disparaba también. Carruthers quedó tendido de bruces, mientras el teniente Davidson vaciaba un cargador…

Scarlatti, arrodillado, se palpó la cabeza con las dos manos. Tuvo aún tiempo de comprobar que Carruthers estaba ileso, y se había salvado de la ráfaga, al tirarse al suelo…

Después acabó de cerciorarse de que no era su sangre, sino la del policía que estaba a su lado, la que goteaba por su cabeza.

La puntería de Aldo Simone había fallado, al recibir los disparos con los que, prevenido, el teniente Davidson repelió la doble agresión postrera.

Scarlatti se levantó, a la vez que recogía al policía malherido por los disparos de Aldo Simone.

* * *

La prensa de la noche destacaba en edición especial, el asedio y muerte de los cinco pistoleros. Mencionaba como factor decisivo la investigación del agente Scarlatti, que al reunir cinco testigos dispuestos a declarar, había logrado la desbandada de los cinco pistoleros, muertos tras oponer feroz resistencia, citando elogiosamente la parte activa del teniente Davidson y su sección.

Sólo un agente malherido, había sido el balance de víctimas. Y se buscaba a Nando Stressa, para tomarle declaración.

Participaban activamente en la búsqueda de Nando Stressa, el sargento Carruthers, auxiliado por el agente Scarlatti.

Un periodista mencionaba la oportuna intervención sucesiva del sargento Carruthers, salvando la vida del agente Scarlatti, y la del

teniente Davidson, que, previniendo la última etapa de Aldo y Gino Simone, evitó que estos dos fingiendo rendirse, mataran al sargento Carruthers y al agente Scarlatti.

Fué al amanecer siguiente, cuando dos agentes descubrieron en la carretera de Joliet, un cadáver en un coche.

Era Nando Stressa, abrazado al volante. Tenía un balazo en la sien, que le había sido disparado a quemarropa por la persona que ocupaba el asiento a su lado.

Llevaba más de siete horas muerto, y el coche no había llamado la atención porque permaneció hasta el amanecer en el sendero lateral, siendo descubierto cuando la luz del día reveló su presencia.

El teniente Davidson declaró a los periodistas, que se debía sin duda aquella muerte, a Glenda Scott, desaparecida sin dejar rastro, posiblemente vengando su marido, como afirmaba el sargento Bruno Scarlatti, o escapando con dinero de Stressa, como opinaba el teniente John Carruthers.

La Comisión Federal anunciaba que nuevos agentes procedentes de otros Estados, vendrían inmediatamente a reforzar las plantillas de Chicago.

En adelante, todo testigo sería protegido día y noche, por cuatro agentes especiales. Empezaba la rápida exterminación del delito, y eran destituidos los políticos, abogados y policías que incurrían en corrupción comprobada.

Iba desmoronándose el edificio que se había basado en la inmoralidad de unos cuantos prohombres influyentes, y en la fácil audacia de pistoleros respaldados por los mismos que debían juzgarles.

CAPÍTULO VI

—Ya no está por la nación. Desde el Canadá y con dinero, le será fácil desaparecer. ¿Y qué importa? Cayó Stressa, y van cayendo los que tenían bastante más clase que Stressa.

—Así es, teniente Carruthers. Y ha quedado en claro, que los sobres que le remitía Glenda Scott, contenían la relación de todos los pasos de Norman Scott. Ella quería demostrar con ello, que su marido ganaba dinero sin necesidad de atracar. Ha sido usted muy generoso, al no dar parte.

—Había mucho podrido, y era natural que sospecharas de cualquiera. También puede salirte un mozo de sangre caliente, que te acuse, sargento Scarlatti. Acuérdate de guardar la calma, y después te bastará verle como te veo. Avergonzado y contrito. Es mejor así. Nos despedimos buenos amigos.

—Celebro que le hayan destinado al norte, teniente. Se asciende más de prisa por el sector donde imperan Diamond y compañía.

—Tampoco te quedarás con los brazos cruzados. Estos dinámicos especiales, lo remueven todo. Van a dar mucha guerra estos llamados federales. Puedes dejar la metropolitana, e ingresar en el cuerpo de Hoover, y si no te cantan funerales, llegarás pronto a la cumbre. Buena suerte, sargento Scarlatti.

—Lo mismo le deseo, señor.

* * *

Fué quince días después de la muerte de los hermanos Simone, cuando en su despacho recibió Scarlatti, la visita de Patrick Kelly.

—Buenos días, señor Kelly. Siéntese, si no tiene prisa. ¿En qué

puedo serle útil?

—Seguimos en el mismo sitio. Subastaron los plantíos, y el nuevo propietario, dejó a la señora Simone de gerente. El nuevo propietario me lo dijo. Usted le convenció… Yo sé que usted no disparó una sola bala. Lo sé. Usted vino a avisarnos, pero yo no podía hacer nada. Jim era como era.

—No era mal chico, y sé que en los atracos el que disparaba era Aldo, y después Gaetano. Pero… No habrá venido usted por propio impulso.

—La señora Simone quiere verle, sargento Scarlatti. Le dije que usted estaba muy atareado, pero ella me repitió la misma frase: «Dile a Bruno que le espero».

—Esto es lo peor, señor Kelly. Tengo que ir, y cuanto ella me diga, aceptarlo. Puede asegurarle, que a las dos, que estoy libre, me acercaré.

En el nuevo taxi cuyo primer plazo había pagado el sargento Scarlatti, rezongó Carlo Varzi:

—Eres de lo que no hay, Bruno. ¿Qué sacarás con oír a la vieja Simone? Lleva quince días con sus noches, rumiando. Te considera responsable… Es peliaguda la cosa, Bruno. Ella es una campesina poco ilustrada. Está convencida que si sus hijos eran pistoleros, y son muchos los sicilianos pistoleros, tú…

—Ya me lo dirá ella.

En la cocina, Lutetia Simone siguió sentada, al entrar Scarlatti.

—Buenas tardes, señora Simone. Me dijo el señor Kelly esta mañana que usted quería verme.

Alzó ella las dos manos, separados los dedos. Fulgurantes los ojos, habló con lentitud:

—Hasta el último de los tuyos, Bruno Scarlatti. Diez hijos tuvieres, de diez esposas enviudaras, todas serán tu llaga viva. Hasta el último de los tuyos, Bruno Scarlatti.

—Los míos, si los tuviere, son de tu raza, «mamma» —dijo, en el dialecto nativo, humildemente, el policía.

Tenía que contestar así a la maldición campesina, la «jettatura» aldeana, que dejaba al Destino vengar en los descendientes las injurias entre familias.

La superstición siciliana daba fe de muchas «*vendettas*» cumplidas al transcurso de los años.

—No serán de mi raza, porque tú renegaste de los tuyos. ¿No eran sicilianos como tú, mis tres hijos?

—Y por eso vine a avisarle, señora Simone. Y ellos me oyeron. Yo sabía que escuchaban, ahí dentro, en ese cuartucho. Hubieran huido… que yo sólo quería coger a Nando Stressa.

—Eres ahora un señor, me ha dicho Kelly. Ya mandas en otros. Pero recorté de los papeles tu retrato, Bruno. No pasé el alfiler negro por el corazón ni por los ojos. Vertí cera en tus sienes, Bruno. Y algún día cuando palpiten, te acordarás de mi «*vendetta*». Si casas, morirá la que quieras. Si tienes hijos, te escarnecerán…

—¡Basta, vieja agorera! ¿Es que no quieres comprenderlo? Yo fui un traidor a mi juramento, puesto que vine a decirles que huyeran. Volví a verles de cara… ¿Disparé una sola vez? Sin embargo, Gaetano me disparó, y Aldo… yo no empleé mi arma. ¿Pensaron ellos en que te iban a dejar sola? Habían prometido llevarte a Catalgireta, que es donde debes ir. No es esta tierra para una aldeana que hace pactos con el diablo, en vez de rezar al Cielo. Si pierdes horas de la noche, con alfileres negros, cera derretida y demás brujerías… dedícalas a Nando Stressa, que es el único culpable.

—Tienes miedo, Bruno. Porque sabes que una vieja aldeana conoce misterios que los de las grandes ciudades no pueden ni adivinar. Te casarás, y la verás languidecer de mal contra el que los mejores médicos nada podrán…

—Ya está bien. No estamos en Catalgireta, señora Simone. Tiene usted derecho a maldecirme, y hasta si quiere hágame todo el daño que quiera. Pero escúcheme con atención, señora Simone. Por ahora ni pienso casarme, ni tengo tiempo para amores. Pero es ley humana, que el hombre busque compañera, y vea crecer hijos sanos. Déjese de brujerías, porque me conozco yo los jugos de hierbas y las malignidades… No la respetaría, ¿sabe? Es triste todo esto, «mamma». Usted ahora aquí sola…

—Tengo muchos años de vida por delante. He de saber que tus sienes estallan de horror, porque serás el culpable…

—¡Cállese, bruja! Debería avergonzarse… Hasta el mismo Aldo, se lo reprocharía. Él me salió con una pistola, y perdió. Si es verdad que tiene usted poderes, averígüelo… Era un hombre Aldo. Y no me desea mal para los míos. Rece mejor que envenenarse la sangre,

«mamma». Y si le vuelve la serenidad, recuérdelo, señora Simone. Yo mismo hablaría con el señor alcalde, y podría usted ir a Catalgireta…

—No te esfuerces, Bruno. No me iré de aquí, porque he de verte sufrir…

Bruno Scarlatti dio media vuelta, exasperado. Se calmó poco a poco, oyendo los comentarios con los que Carlo Varzi pretendía ahuyentar su ceño:

—¿Crees en la «*vendetta*», Carlo?

—Yo no creo ni dejo de creerá Lo he discutido con «Don» Achille, el cura de San Basile. Se encrespó llamándome ignorante borrico, pero ¿qué pasó con la familia Giraldo, de Ragusa? Estaban bajo la «*vendetta*» jurada de los Fabrizzi, y la negra les persiguió… Claro, que esto era allá. Aquí, es otra cosa. Yo no me preocuparía. Pero te lo advertí. No debías visitar a la vieja bruja.

—Uno es como es, Carlo. Mi madre creía en el mal de ojo.

—Graziella era otra aldeana como Lutetia Simone. Tú ya eres norteamericano.

—¿Deja el negro de tener la piel obscura, aunque alterne con los blancos? ¿Dejaré yo de ser Bruno Scarlatti aunque viva a la sombra de rascacielos? De todos modos no pienso casarme.

—¡«Má qué buona»! Eso dije yo hasta mis treinta, y ¿qué pasa por donde tengo mi cama? Cuatro mocosas y dos bandoleros. ¿Me los trajo la cigüeña? Pregúntaselo a Fiammetta.

* * *

Bruno Scarlatti estuvo muy absorbido durante meses. La tarea de sanear Chicago era laboriosamente exigente.

Caían muchos, pero proseguía la actividad incansable e insobornable de los jóvenes agentes federales.

De vez en cuando, el sargento Scarlatti saludaba por la calle a una joven muy rubia, de ojos muy azules.

Hasta que un día, mediada la primavera, Joan Fields no se contentó con sonreír, devolviendo el saludo del policía.

Le cerró el paso.

—He leído que lo van a ascender, y mi padre se sabe de memoria todos sus éxitos. Ya no estoy en la caja del «Jefferson».

Tengo una mercería a medias con una amiga. Nos va muy bien.

—Me alegra oírselo, Joan. En realidad, fué usted la primera en colaborar. No se atrevía primero…

—Usted supo persuadirme. ¿Sabe quién viene a comprar? El señor Varzi. Es muy simpático, y le quiere mucho a usted. ¿Le duele el brazo?

—¿Qué brazo?

—Le pegaron tres balazos, me leyó papá hace un mes… Estuve muy inquieta, y recé…

—¿Tres balazos hace un mes? Oiga… Su papá, ¿qué es lo que lee? Serán las aventuras de Dick Tracky… Hace calor hoy. ¿Qué le parece si nos tomamos un refresco allí? Le aviso que es un sitio muy correcto.

—Usted no me llevaría a un sitio que no lo fuera, sargento Scarlatti.

—Ah, eso sí que puede jurarlo, Joan —dijo, solemnemente, el siciliano.

* * *

—Es un caso de conciencia, Carlo.

—¡«Má qué buona»! ¡Cáscaras! ¿Qué defecto tiene ella? Sólo uno.

—Ninguno.

—Uno, ¡cáscaras! No es siciliana.

—Bueno, esto sí. Pero por lo demás, es trabajadora, es sencilla, viste fino, reza, cose, cocina… ¡y como guapa…!

—¡«Buááá»! —aulló entusiasmado, Carlo Varzi—. Y ahora más que nunca, se impone. Lleváis un año cogidos de la mano. ¿La has besado?

—Eres… incalificable. Joan, cuando nos casemos, entonces… Además, ahora que han pasado seis meses, desde que murió su padre… Pero ¿y si la «*vendetta*»?

—Ya lo sabe. Se lo dije yo. No me mires así, no. ¿Sabes lo qué me contestó? Tenías que haberla escuchado. Dijo: «El Cielo protege a los hombres como Bruno. La maldad se estrella». Y vaya… Empecé por darle desde entonces la razón a «Don» Achille. Era como si un ángel hablase…

* * *

—¿Qué quiere decir
«F. B. I.»,
padre?

—Oficina Federal de Investigación.

—¿Y para ir a una oficina llevas una pistola?

—Eres demasiado preguntona para tu edad, Lucy.

* * *

—Me inquieta, Carlo.

—Lo que pasa es que Lucietta es muy inteligente.

—Su madre dice lo mismo, pero yo soy imparcial. Tiene rarezas que me asustan. Le atraen las películas, y se enamora del que personifica el delincuente. Lee novelas policíacas… Miente con frecuencia. El otro día mismo nos dijo que iba a pasear con una amiga, y estuvo bailando en el «Chippy».

—Es que tú nunca has sido una nena de dieciséis añitos.

—Joan nunca…

—¡Joan, Joan! Estamos en mil novecientos cuarenta y seis, y hemos de darnos cuenta que hemos envejecido. Joan no iba a bailar al «Chippy», por la sencilla razón de que en su época no se bailaba el «bugui». Cada edad y cada época, tienen sus cosas.

—Encuentra ridículos a todos mis agentes, y llena su cuarto con fotos de artistas como Humphrey Boggart… Un tío más feo que Picio, y además un «gángster» cabal.

—Pero, hombre, si es un buenazo. Lo que pasa es que es un buen actor. Te haces viejo y gruñón, comisario Bruno.

* * *

—¿Es o no es canela, chica?

—Pero muy fuerte, Rob.

—Un cóctel sienta bien. Dos alegran, y el tercero sólo lo toman los hombres.

—¿Cuándo iremos al lago, Rob?

—Tendré que apuntarte en la lista. Te tocará el viernes próximo. Turno riguroso, porque estoy muy solicitado, bebé.

Lucky Scarlatti admiró al galán del «Chippy», Robert Harvey. Tenía veinticinco años, y había luchado en los Mares del Sur. Era todo un hombre, que sabía vivir sin trabajar.

Aceptó la invitación de un muchacho moreno, elegante.

Bailaba mucho mejor que Robert Harvey. Preguntó:

—¿Tú no bailabas ayer con Rosy?

—Sí. Pero no te quité los ojos de encima, chiquilla.

—Poco a poco, que ni siquiera sé cómo te llamas.

—Tiene arreglo. Me llamo Charley.

—No está mal. Yo me llamo Lucy.

—Tampoco está mal. Oye, dile a ese presumido que los cuatro próximos los bailas conmigo.

—Es Robert Harvey.

—Pues se lo diré yo.

Robert Harvey dejó de masticar el chiclé. Examinó los amplios hombros y la nariz algo achatada del moreno que le salía al paso.

—Lucy baila conmigo el resto de la tarde. ¿Estamos de acuerdo, Rob?

—¿En qué pesebre comimos juntos, tú? Por mí, puedes acapararla. Me sobran parejas.

Regresó el vencedor junto a Lucy Scarlatti.

—Te oí, Charley. ¿Sabías que Rob estuvo en los Mares del Sur?

—Habla demasiado. Yo estuve por Sicilia, por Nápoles por Francia y por donde se me antojó, y no presumo. Tengo cuatro medallas en una cajita, y no lo digo a nadie. Me ascendieron a oficial por méritos en campaña, y me lo callo.

—Tu modestia es única, Charley. ¿En qué trabajas?

—En nada. Vivo de renta. Y tengo coche.

—Estás resultando peligroso, Charley. Cuando te vi ayer, me figuré que eras italiano. ¿Lo eres?

—Si. Al menos lo era mi padre. Yo no le conocí, porque él vivía aquí, pero nos tenía alejados, en Nueva York. Yo tenía ocho años, cuando le mataron. A lo mejor oíste su apellido. Lo encontrarás en cualquier biografía de los tiempos de Al Capone.

—¿Cómo se llamaba, Charley?

—Como me llamo yo, Stressa.

—Lo siento…

—¿Por qué, Lucy?

—Es que mi padre… igualmente lo ibas a saber… Mi padre es comisario de policía.

—Todos tienen que vivir, ¿no? ¿Cómo se llama?

—Scarlatti… Bruno Scarlatti…

—¡Hombre! Uno de los héroes de entonces. También aparece en las historias y reportajes de la época. Pero esto fué hace años, Lucy. La vida es rápida, fugaz como un cometa y somos jóvenes. ¿Te llevo a dar un paseo?

—Bueno. Pero no puedo llegar a casa más tarde de las ocho.

* * *

—Te han visto en un coche gris, marca «Pontiac», por la carretera de Los Alamos, Lucy. Tu padre cuando llegue, te va a echar una reprimenda.

—Tengo diecisiete años, y otras más jóvenes están ya casadas. Os quiero mucho, pero tiene mucha razón Charley. La vejez es egoísta, y no podemos consentir que nos sacrifiquen…

—¿Charley? No le hables así a tu padre, Lucy. No estaría bien.

* * *

Charley Stressa miró al hombre que parecía aguardarle cuando aparcó su coche frente al «Merry Boy».

Alto, atlético, de rostro enérgico, levemente canosas las sienes, el comisario Bruno Scarlatti daba impresión de vigor y decisión.

—Buenas tardes, joven. Por la matrícula y características del «Pontiac», no me es difícil deducir que es usted el joven que lleva varias mañanas paseando a mi hija Lucy…

—Sí, señor. Yo soy.

—Por las mañanas, hasta hace poco mi hija acudía a una academia. No ignoro que vivimos tiempos modernos, pero le agradecería que no invitara más a Lucy en las horas de estudios.

—Tiene usted toda la razón, señor —asintió Charley Stressa.

—Parece usted razonable, señor…

—Charley Stressa… ¿Le sorprende mi apellido?

—Conocí a un Nando Stressa, allá por el treinta… No era casado.

—Legitimó mi nacimiento. Son cosas de las que no me avergüenzo, señor.

—Muy noble y razonable, Charley. Bien, confío en su palabra. Si quiere invitar a Lucy, hágalo en las tres horas que tiene cada tarde para divertirse. Y espero que tendrá usted la inteligencia que su rostro demuestra. Mi hija…

—Es encantadora, muy señorita, y yo no soy un idiota, comisario Scarlatti. Buenas tardes.

«Stressa, Stressa, iba repitiendo Scarlatti, mientras se dirigía a su casa. Azares del Destino… El hijo natural de un "gángster" asesinado por Glenda Scott…».

No parecía mal muchacho. Uno de la nueva generación. Desengañados antes de tiempo por una madurez anticipada, pero capaces de buenas acciones pese al aparente escepticismo.

Como Lucy. No era mala en el fondo. Se reposaría, como decía el viejo Varzi.

Alzó la mano en inconsciente negativa… Estaba pensando en Lutetia Simone, retorcida como un sarmiento por el reumatismo, aferrada a la vida, allá en su silla de la cocina…

Necedades. Ya no era un jovenzuelo supersticioso. Joan nunca había «languidecido». Y Lucietta cumpliría pronto diecisiete años.

Sería mejor no aludir para nada al joven Stressa. Tenía que ser más tolerante. Lo decían los tratados de educación moderna. No era como en sus tiempos. Una buena vara surtía entonces muy buenos efectos. Pero los tratadistas modernos repudiaban el castigo físico, que daba «complejos». Iba resultando complicada la vida moderna. Antes el «gángster» se reconocía a la legua y la mujer honesta también.

Todo había variado, hasta en la delincuencia. No existían ya «gangsters» de una sola pieza como Aldo Simone, un hombre había nacido marcado con un signo inexorable: matar hasta morir matando.

Hoy eran aventureros sinuosos, difíciles de clasificar, los que manejaban los hilos del tenebroso delito.

El comisario Scarlatti, al llegar a su casa, había decidido no

decirle nada a su hija del joven Stressa.

Capítulo VII

El comisario Scarlatti miró con agresividad al viejo italiano, que inclinada la cabeza, repitió:

—No es culpa de nadie, Bruno; de nadie.

Tardó Scarlatti unos instantes en replicar, mordiendo las palabras:

—Tanto tú como Joan me dijisteis que no se debía pegar a la niña, y así creció. Modernismos, complejos, y mimos. ¡Trae ya la carta!

—Pero júrame que serás razonable, Bruno.

—¡Trae!

Carlo Varzi tendió el papel que en cuatro dobleces, aquella mañana había encontrado Joan junto a la cama sin deshacer, en la alcoba abandonada por Lucy.

Fué casi un zarpazo de fiera, más que manotazo, el ademán con el que en su despacho, Bruno Scarlatti cogió el papel, para leer:

> «Mis queridos padres: Sé que os voy a producir una gran pena, pero es mi felicidad la que está en juego. Estoy enamorada, y él tiene que viajar por sus negocios. Nos casaremos en Nueva York, y cuando volvamos de Europa, os juro que podré explicaros por qué preferí irme. Perdonadme, y estad seguros de que se trata de mi felicidad».
>
> »*Lucy*».

—Ahora son más de las diez de la mañana, viejo —murmuró el comisario, cuando hubo releído el mensaje.

—Joan lo encontró a las nueve, cuando extrañada de no ver bajar a Lucietta, subió a su alcoba. La pobre prefirió primero llamarme. Ella quería evitarte el disgusto así…, de pronto, ¿comprendes? ¿Soy o no soy el viejo Carlo?… Tienes razón, Bruno… Debimos darle vara a la niña, pero, no pudimos, no pudimos. Los tiempos han cambiado.

—¡No! Hay algo que nunca cambiará. Lucy no debió hacerle eso a su madre. Si tenía miedo de enfrentarse conmigo, por temor a que yo no aceptara al canalla que se la ha llevado… debió al menos hablar con su madre.

—Puede que el chico no sea un canalla.

—No merece otro calificativo el que se comporta así. ¿Sabes quién es él?

—No. Pero últimamente Lucietta salía mucho con Robert Harvey y con un chico moreno, bastante bien parecido.

—Vuelve a casa, y dile a Joan que se tranquilice. Yo encontraré a Lucy, y nada pasará. La traeré a casa… pensando en Joan.

—Eso es, Bruno, y me voy a gusto, ¡cáscaras! Has reaccionado como un hombre. Cuando encuentres a Lucietta… modérate, Bruno, modérate, y trátala bien, ¿comprendes?

—Comprendo, viejo. Anda, y tranquiliza a Joan.

Unos instantes después, Scarlatti ponía en marcha los engranajes de las primeras y maquinales pesquisas, pidiendo a la vez, un permiso especial por tiempo indefinido.

Estaba dispuesto a ir hasta el fin del mundo si era preciso, pero inculcaría a su hija el respeto a las normas anticuadas, quizá, pero imperecederas.

* * *

Lucy Scarlatti, a la misma hora que su padre iniciaba las pesquisas, descendía del tren en Humboldt Junction, obedeciendo al pie de la letra las instrucciones recibidas.

Se limitó a bajar de un estribo para pisar el del tren que en sentido contrario, iba hacia el Sur.

De vez en cuando, al pensar en sus padres, sentía algo semejante

a remordimiento, pero era un instante fugaz. Podía más, era vencedor, el fuerte impulso que la incitaba a obedecer ciegamente cuanto le dijera Charley Stressa.

Además, él había prometido que en la estación de Tranvers, donde subiría para seguir viaje con ella, todo se lo explicaría.

Para Lucy Scarlatti no cabía la menor duda. Si Charley prometía que explicaría detalladamente, por qué debía ella actuar así, lo cumpliría.

Y estaba ansiosa por oírle. El misterio que desde un principio adivinó en Charley Stressa, existía. Y también era indiscutible que ella no podía amar a ningún hombre, ni amaría nunca con tanto fervor, como la plena entrega de su alma, le demostraba.

Para acortar el tiempo que le quedaba hasta reunirse con Charley Stressa, se dedicó a evocar los últimos días, desde el momento en que él le había dicho:

»—Ayer vi al señor comisario Scarlatti. ¡No te asustes, chiquilla! Estuvo amabilísimo conmigo, y tenía razón. Yo soy así. Me gusta darle la razón a quien la tenga, así fuera el peor de mis enemigos, y no es el caso ahora. Tu padre me rogó que evitara tus novillos. Debes de ir al colegio, niña.

»—¡Soy ya mayorcita, y si prefiero pasear alguna que otra mañana contigo, no es ningún pecado, supongo! Lo que sucede es que mi padre, está anticuado.

»—Pero no es preciso faltes a la academia. Nos veremos por las tardes. Yo tengo que irme a hacer un largo viaje dentro de seis días, Lucy.

»—¿Cuándo tiempo estarás ausente? —Había ella inquirido, con secreta angustia.

»—Unos cinco o seis meses.

»—¿Tanto…?

»—Dependerá de los negocios. Es un gran asunto, donde puedo ganar muchos billetes. La ocasión de mi vida. Si lo resuelvo bien seré millonario, y tal vez si me escribes, no te olvidaré, y a lo mejor vengo a buscarte para que nos casemos. Porque, no lo puedo remediar, chiquilla… Me estoy enamorando de ti con verdadera pasión.

Habló después de otras cosas. La imposibilidad de casarse, debido a su negocio, que no podía aun revelarle.

Despertó bruscamente Lucy Scarlatti de su evocación, en la que se recreaba con deleitosa morosidad.

Acababa de leer en un poste, la primera señal indicadora:

«SILVER TRANVERS»
«2 ML»

El tren paraba sólo un minuto en aquella estación. Anhelante asomó ella el busto, apenas el bólido disminuyó su vertiginosa marcha, frenando, a la vista ya de la estación.

Allí estaba él.

En el compartimiento para dos, entró Charley Stressa, arrojando su maletín y gabardina a la redecilla.

—Hola, Lucy. ¿Todo bien?

—Todo bien, Charley —susurró ella.

Rió Stressa jovialmente.

—No debes de estar inquieta, pero me gusta darle la razón a quien la tiene. Es natural que para ti esto constituya un gran trastorno.

—Te quiero… Y por eso hice lo que me pediste.

El tren arrancó, lanzándose de nuevo a su veloz carrera hacia el sur.

Sentándose frente a ella, Stressa, inclinado, le cogió las dos manos.

—Tú me has demostrado confianza, y es ahora el momento en que puedo contestar a cuantas preguntas quieras hacerme. Pero primero, dime, ¿hubo dificultad allá en tu casa?

—Ninguna. Me despedí de ellos anoche, como siempre, procurando no demostrar que me iba a ir, con caricias desplazadas. Esta mañana a las ocho, cogí el tren, abandonándolo en Spring, cogiendo el de Humboldt, y trasladándome a éste.

—Tu padre, como es natural, tratará de encontrarnos.

—Por eso, me hiciste cambiar tres veces de tren.

—En tu nota de despedida, dirías que íbamos a Nueva York.

—Sí, y no te cité para nada. Hablé de un muchacho que se casaría conmigo, en Nueva York, y que iríamos a Europa.

—Muy bien, ahora pregunta, Lucy.

—Yo nada tengo que preguntarte, porque todo cuanto haces me parece que bien hecho está.

—Magnífica respuesta, pero tienes derecho a saberlo todo. Hoy en día, ganar dinero pronto, no es fácil. Todo el mundo se ha despejado mucho. Tampoco tengo yo tan poca categoría como para meterme en pequeñeces. Pero si el negocio es grande, aunque tenga riesgos, voy a ello. Recuerda que te dije que lo mejor era que me esperases en tu casita.

—No hubiese podido vivir…

—Ni yo. ¿Sabes por qué tuviste que marcharte así? Porque a partir de ahora, no quiero que nadie me siga los pasos, salvo tú. Empieza el riesgo, y estás a tiempo de no querer compartirlo.

—Contigo, donde sea.

Miró de nuevo Stressa el maletín que negligentemente había tirado a la redecilla, con su gabardina.

Dijo:

—Allí dentro llevo yo el principio de la fortuna. Es necesario que te lo explique, Lucy.

—Yo no te lo pido.

—Por esto mismo. Escucha, ¿qué concepto tienes de un traficante en drogas?

—No me gusta pensar que hay gente que se enferma y muere, por tomar drogas, pero oí decir que también el tabaco mata, y nadie encarcela a los estanqueros. Pero…

—Dilo claramente. Es así como debe ser nuestra alianza. Basada en amor y sinceridad.

—Hay mucho peligro para ti, Charley.

—Bien, ¿y qué piensas de los que falsifican billetes de Banco?

—Me parecen menos… ¿cómo diría yo?… menos reprochables.

—Magnífico. En este maletín llevo una muy sencilla planchita. Está grabada por los dos lados. Grabada por un artista, que ha imitado a la perfección las dos caras de un billete de cincuenta dólares, de los actuales en curso. Me ha costado meses de paciencia, obtener esta placa. ¿Qué crees que voy hacer?

—Venderla…

—Me darían bastante por ella, pero verás, nena… Si tengo la ocasión de hacer millones, ¿por qué voy a contentarme con cien mil, que es lo máximo que me darían por eso? Y el riesgo es casi

igual. Los que compran esta clase de dibujos, suelen ser muy poco escrupulosos.

—¿A quién se la compraste, Charley?

—No la he comprado. El artista que la hizo, es mi socio. Irá a medias en cuantos beneficios yo saque. Él me ha instruido. Ahora debo verme con el técnico de papel. Es muy interesante este negocio. Una vez conseguida la plancha, se trata de dar con un entendido en papel, y lo es en grado sumo Harry Melton. Vive en la Veinte del «Slop».

—Pero ¡la calle Veinte del «Slop» está en Chicago!

—Ése es el gran golpe. Mientras nos buscan a ti y a mí por todo el orbe, estaremos bien al seguro en Chicago. ¿Por qué no permití que te quedaras en tu casa? Porque desde el mismo instante en que recogí esta plancha, necesitaba hacer creer que estaba lejos y en fuga amorosa. ¿Comprendes? Te quiero, y a la vez, vamos a hacednos muy ricos tú y yo. Y tendremos que abandonar Chicago a fecha incierta, porque depende de Harry Melton, mi segundo socio. En Border Front, bajaremos del tren. Nos espera en su coche la esposa de Harry Melton.

* * *

Robert Harvey se sentó tratando de dominar su nerviosismo, porque pese a ser un ex combatiente, siempre le impresionaba una comisaría de policía.

Bruno Scarlatti hizo correr varias hojas mecanografiadas.

—Ésta se refiere a usted, Bod. ¿No han sido amables con usted los muchachos que fueron a invitarle?

—Si, lo fueron y mucho. Me dijeron que era completamente amistosa la invitación del señor comisario Scarlatti.

—Esta misma mañana a las nueve, mi mujer encontró en la alcoba de Lucy, una carta dejada por ella. Estoy hablándole de hombre a hombre, Bob.

—Sí, señor. Lo comprendo —dijo Robert Harvey, tratando de disimular ahora su repentino malestar.

—Lucy ha huido, y nos dice que va a casarse en Nueva York, con un hombre al que no menciona por sus apellidos. Mi hija es por completo incapaz de cometer una mala acción, y por lo tanto, he

llegado a la conclusión de que si huyó, era porque confiaba plenamente en el canalla…

—¡Charley Stressa! No busque más, señor. Desde un principio me vi que este sujeto no era trigo limpio, porque se necesita ser canalla, para hacerle eso a Lucy. Si realmente la quiere, debía casarse con ella aquí.

—Gracias, Bob. ¿Qué sabe usted en concreto de Stressa? Aquí llevé yo una investigación discreta, que dió por resultado la convicción de que Stressa tenía una pensión mensual que le permitía vivir sin serle necesario trabajar. Ha residido en Nueva York y en Europa. En su hotel de Chicago, le conceptúan un hombre normal, y no tiene antecedentes malos, sino por el contrario una buena hoja de servicios. Anoche pagó la cuenta, y dijo que se iba a Nueva York, siendo visto en el tren que partió ayer a las nueve de la noche, pero no está ya en dicho tren, que tenía su llegada esta tarde, ni nadie puede dar noticias de su paradero.

Robert Harvey dejó de morderse las uñas.

—Yo, señor, estaba y estoy enamorado de Lucy… Me acabo de dar cuenta ahora… Verá, bailábamos, y todo eso propio de nuestra edad, pero cuando se presentó Stressa, ella lo prefirió, aunque yo pensó que sería cosa de la novedad. No me gustó Stressa. Y puede que le sirva de algo saber que vi a Stressa en un bar de la calle Doce del «Slop». Él no me vió, porque estaba muy absorto en una conversación con un sujeto que no tenía aspecto de persona decente. Era un pelirrojo con una fea mancha rojiza en la frente.

Bruno Scarlatti adelantó el busto y a la vez la diestra.

—Un momento, Harvey. Lo que acaba de decir es grave…

—Yo no estoy inventando nada, señor.

—Es que el pelirrojo con una mancha de vino en la frente, ha venido descrito en la prensa.

—Puede haber venido retratado, pero yo no lo invento. Hace con la noche de ayer, tres exactamente, que hacia las once y media, vi a Stressa en un bar de la calle Doce, charlando con un sujeto flaco, no muy alto, de cabello rojo, y con esta mancha que le digo. Pensé que Stressa tenía amistades poco recomendables, pero traté de ser justo. Estuvo en la guerra, y pudo allí conocer gente que con uniforme era pasable, y una vez sin uniforme…

Bruno Scarlatti había alzado de nuevo la diestra, presentando la

palma, imponiendo silencio.

—Tráigame el expediente Colson —pidió por el dictáfono.

Volvió a levantar la palanquita.

—Ayer por la mañana encontraron a Reginald Colson con la cabeza rota. Parecía un accidente, porque estaba en el borde de una carretera, y podía haber sido atropellado. Se recompuso lo sucedido, y hasta ahora lo que se sabe es que alguien le cogió del cuello, machacándole la cabeza contra un árbol en aquella cuneta de la carretera de Evanston, entre una y tres de la madrugada.

Entró un agente, que dejó sobre la mesa una carpeta, yéndose a la muda señal de Scarlatti:

De la carpeta extrajo el comisario una cartulina, desprendiéndola del clip.

Fíjese bien, Bob, en si era este hombre el que usted vió hablando con Stressa.

—Sin la menor duda, señor. Era éste.

—Puede usted equivocarse, Bob.

—No, señor. Era éste.

—Reginald Colson cumplió tres condenas, Siempre por el mismo motivo. Falsificación. Era un dibujante excepcional, y un grabador de primera clase. Falsificó primero etiquetas de productos de belleza. Después, cuadros. La tercera vez, un contrato. Hacía sólo unos meses que había salido de presidio. ¿Qué bar era ése donde le vio hablando con Stressa?

—El «Big Boys».

—Gracias, Bob. Ya tengo algo firme para empezar. Le ruego que considere estrictamente confidencial nuestra charla.

—Lo es y será siempre, señor. Si puedo servirle de algo, se lo suplico. Empléeme, en lo que sea.

—Gracias. Si es preciso, te llamaré, muchacho.

Cuando Robert Harvey se hubo ido, llamó Scarlatti a un agente.

—El «Big Boys» es un bar de la calle Doce del «Slop», y no consta en esta lista de lugares frecuentados por Colson. Vaya a indagar, y si es preciso, vuelva con el dueño del «Big Boys». Ésta es una fotografía de Charley Stressa. Enséñesela al dueño del «Big Boys», después de hablarle de Colson. Llévese a Perry con usted. No me moveré de aquí hasta que regresen.

CAPÍTULO VIII

—¿Qué tal? —dijo la mujer que estaba al volante del «Pontiac», apenas entraron Lucy Scarlatti y Stressa.

Y arrancó.

—Lucy está un poco fatigada, Rosalind. Te presento a Rosalind Melton, Lucy. Estarás como con una hermana en su pisito. Tiene un magnífico nido —se volvió a Rosalind—: Lo sabe todo, porque para eso nos vamos a casar ella y yo. ¿Qué opina Harry de mi llamada?

—Está en todo de acuerdo. Dice que hizo usted muy bien, Charley —habló ella, fija la vista en la carretera.

Rubia, de rasgos finos, pero no delicados, sino como trazados al cincel, Rosalind Melton debía tener unos cuarenta años, calculó Lucy Scarlatti.

Estaba viviendo una verdadera película.

Reclinó su cabeza contra el hombro de Stressa, obedeciendo a la presión invitadora.

—Duerme un poco, Lucy. No quiero distraer la atención de Rosalind, y prefiero pensar en el próximo éxito.

Cerró ella los ojos, pero dispuesta a no dormirse. Sin embargo, el monótono zumbido del motor, y el silencio, la adormilaron.

Cuando despertó, el «Pontiac» acababa de detenerse. Un garaje obscuro, en un elevador. Había varios garajes en aquel cuadro de manzanas de la calle Veinte del «Slop», la calle más aristocrática del mísero barrio, porque las trepidaciones del aéreo llegaban muy atenuadas.

Del elevador, donde continuó Rosalind Melton con el coche, pasó Stressa a un corredor.

Asía de la mano a Lucy Scarlatti.

Un hombre que mantenía abierta una puerta al fondo del

pequeño corredor, saludó:

—Buenas tardes, Charley. Supongo que es tu novia. Enhorabuena a ambos. Allí en aquella salita encontrará cuanto necesite, señorita. Mi esposa estará en seguida con usted.

—Espérame, Lucy. Tengo que charlar a solas con Harry.

El piso era largo, y al extremo opuesto de donde quedó Lucy, Harry Melton cerró la puerta con llave.

Fué hasta el fondo de la habitación, que parecía un pequeño taller y dijo:

—Ha estado bien tu idea, Charley. Enséñame la placa.

—No seas ansioso, Harry. La vez qué hablamos yo te aseguré que conseguiría de Colson la placa de cincuenta. Pero me ha costado diez billetes grandes.

Harry Melton arqueó las cejas, burlones ojos y labios.

—Conmigo puedes ser sincero, Charley. Si Colson te pidió diez mil para empezar el trabajo, no te hubiera dejado la placa por menos de un centenar. Hasta ahora la policía está muy despistada. Tenía bastantes enemigos Colson. Era un mal carácter. Déjame ver la placa.

—Con calma, Harry. Cuando me conociste, nos sondeamos. Hablamos primero de la guerra, y después fuimos a la gran verdad de que valía la pena exponerse, si el beneficio era grande. Tú no podías tratar con Colson, porque hace tiempo que te consideran un hombre decente. Imprimes hojas de heráldica, y ganas bastante. ¿En qué condiciones piensas trabajar conmigo?

—Según valga la placa.

—Colson trabaja magníficamente, ¿no?

—Yo también. Yo soy de los pocos que pueden manejar el papel y las tintas adecuadas, para que el billete de cincuenta que yo ponga a secar, salga exacto. Pero tengo que ver primero la placa.

—No la verás, sin antes ponernos de acuerdo. Yo corro todos los riesgos. La placa, primero. Repartir después. Tu parte es muy cómoda. Te sientas aquí dentro, y vas imprimiendo.

—Pero si nos cogen, cumplo la misma condena que tú. Mi parte es esencial. Tan esencial como la de Colson. He discutido con Rosalind, y hemos llegado a una conclusión. Por cada mil billetes que yo imprimo, me pagas en billetes legítimos, veinte mil.

—No Seas estúpido, Harry. Cuando entregue los impresos, si te

pagase lo que pides, me quedaría de benefició, apenas cinco mil por cada millar.

—Puedo imprimirte centenares de millares, sí la placa es buena.

—Tú me tomas por un novato, y lo soy en esta cuestión, pero tengo un lápiz y un papel. Sé que para poder vender bien, no puedo repartir más allá de cien mil billetes. Si no razonas, prefiero vender la placa en Europa.

—Tardarías meses y meses en dar con un buen impresor.

—No me importa.

—Déjame ver la placa.

—Cuando llames a Rosalind.

—De acuerdo.

Salió Harry Melton de su taller, y poco después se reunía con su esposa en el comedor, donde Lucy Scarlatti estaba tomando una taza de té.

—Considérese en su casa, señorita. Charley quiere hablar con nosotros dos. No le importará, ¿verdad, señorita?

—No, no. Son muy amables, y Charley les aprecia. Estoy pues como me ha dicho Rosalind, en casa de unos buenos amigos de mi novio.

Por el corredor, comentó Harry Melton:

—No es ningún tonto el chico, Rosalind.

—Tampoco yo me casé con un tonto, Harry.

En el taller, apenas entraron, dijo Stressa:

—Usted me hizo el efecto de ser inteligente, la única vez en que hablamos de todo esto, Rosalind. ¿Qué pasa ahora?

—Yo no he cambiado, Charley. Mi marido tampoco. Pero es que hay de por medio un cadáver. Seré concisa, Charley. Si descubren que Reginald Colson murió asesinado porque llevaba una placa que valía mucho dinero, Harry ya no corre el riesgo de pasarse el resto de su vida en presidio, por imprimir billetes, sino que lo ejecutarían por complicidad en un asesinato.

—Puede muy bien demostrar que no fué él.

—No convencería a ningún jurado. La placa que grabó Colson es la que él empleará.

—Yo no puedo pagar veinte mil legítimos por cada mil falsos, que además tengo que repartir. Prefiero vender la placa.

—No lo hará así, Charley.

Charley Stressa sonrió, pero Harry Melton demostró menos serenidad que su esposa. Retrocedió, hasta estar cerca de un estante con instrumental de encuadernación.

—¿Quién va a impedírmelo, Rosalind?

—Ni Harry ni yo. Pero tan pronto salga usted de aquí, no quiero responsabilidades futuras.

—Usted se ha limitado a dar una merienda a un par de novios fugitivos, Rosalind. Nada más. Deje de manosear la barrita de hierro, usted… Vino a tratar de negocios, y al no ponernos de acuerno, a otra cosa. No puedo pagar veinte mil por una razón sencilla. No dispongo de efectivo. Mis condiciones son las siguientes: delante de mis ojos, usted imprimirá cincuenta mil billetes. Yo me llevaré treinta y cinco mil, y romperemos la placa. Le quedarán quince mil billetes de cincuenta, que sabrán donde colocar, porque en los Estados no los colocaré yo. Y ya está. Si les gusta, bien. Si no, tan amigos, con una pequeña salvedad. Denúncieme a la que salga, y juraré que fué Harry Melton quien me inspiró la idea de matar a Colson. Piénsenlo pero es indudable que yo no me habría relacionado con Colson, a no ser porque usted me lo insinuó, Harry.

—Sólo para comprar el papel y las tintas, necesito unos seis mil.

—Puedo dárselos. Discútanlo con tranquilidad Lucy, al igual que yo, ha dormido muy mal esta noche. Le indicaré la alcoba femenina, y yo dormiré donde sea en este piso, pero tengo el sueño muy ligero. Es condición esencial, tener mutua confianza.

—La tuvo Colson en usted, Charley.

—Es asunto distinto, Rosalind. Puedo cargar con un asesinato, pero no me interesa coleccionarlos. Por la noche, si no se han decidido, nos iremos. Y sean razonables. Además de la placa, llevo en mi bolsillo, un feo petardo, que no deseo emplear.

A solas, dijo Rosalind Melton:

—Está bien, Harry. Él no repartirá por los Estados, sino en el extranjero. Está bien. Yo iré a comprar lo preciso, y esta noche haremos la primera prueba. Colson era un artista. Su placa será buena.

CAPÍTULO IX

Carlo Varzi renqueó un poco al subir al coche oficial, en cuyo asiento posterior estaba ya instalado Bruno Scarlatti.

—En marcha —dijo Scarlatti.

El agente al volante, sabía ya dónde debía efectuar una nueva etapa.

Carlo Varzi rezongó:

—Seguimos sin saber nada de Lucietta. ¿Para qué querías que estuviera contigo ahora, Bruno?

—Te resumiré primero todo lo investigado. Stressa ha hecho todo lo posible para que le busquemos por Nueva York, y fingiéndose simplemente un enamorado poco escrupuloso. Pero en el «Big Boys» por una coincidencia afortunada, le vieron hablando con Colson, un falsificador estrangulado y con la cabeza rota, desde ayer. Son nueve horas seguidas indagando todo lo referente a Stressa. Ha visitado a Lutetia Simone.

Calló el comisario, y Carlo Varzi resopló asmáticamente, congestionado el rostro. Fué denegando con la cabeza, a medida que se recobraba. Por fin, dijo:

—No, Bruno, no. Es imposible lo que piensas.

—¿Qué pienso?

—No sé… Pero si crees que la vieja Simone convenció al canalla de Stressa, pera que éste le hiciera algún, daño a Lucietta, no debes pensar así, porque sería horrible. Hace ya muchos años que murieron los Simone, y todo se olvida en este mundo.

—Tú mismo hablas sin convicción, porque te consta que Lutetia Simone nunca olvidó su juramento. Ella echó la «jettatura», y Lucy va a pagar porque una bruja me maldijo. Vienes conmigo, porque has de estar presente. Te hiciste amigo de ella.

—Por esto mismo, Bruno. Ella está inválida.

—Pero su cerebro sigue maldiciéndome.

—Yo le hice comprender que tú los quisiste salvar, que tú no disparaste, que tú…

—Estarás presente, y después deducirás.

* * *

La cocina había cambiado, porque había en ella nevera eléctrica, losetas blancas y «office», pero seguía intacta en su negror la campana de la gran chimenea.

Y la chimenea seguía siendo el rincón favorito de Lutetia Simone, en su silla de ruedas.

Empequeñecida, surcada de múltiples arrugas la cara, pero espléndida aun la negrura de sus ojos, Lutetia Simone ordenó a la joven criada:

—Café para mi amigo el señor Carlo. Pueden sentarse donde quieran. He contestado ya a tus buenas noches, Carlo. Este señor que te acompaña, y que nada ha dicho, me recuerda bastante a un siciliano renegado.

—Vamos, vamos, Lutetia —reprochó Carlo Varzi, sentándose junto a la silla de ruedas—. No somos chochos, ¡cáscaras! Está usted con un pie en la tumba, ya es hora de ponerse bien con Dios. Nada de rencores ni odios. Siéntate, Bruno. Y tú, niña, deja ya de rondar por aquí. No quiero café. Te quedas en el «office», y si te pillo tratando de escuchar, te daré con este bastón un tiento.

Bruno Scarlatti permaneció en pie frente a la anciana.

—Si es posible, señora Simone, quisiera hablar sensatamente con usted.

—Soy muy vieja para hablar tonterías, comisario Bruno. Ya lo ha dicho este viejo tunante. Tengo un pie en la tumba.

—Pero su mente está muy joven, señora. Recordará, pues, cuándo nos vimos por última vez.

—Como si fuera ahora mismo, Bruno.

—Juró usted que viviría hasta cuando fuera preciso, con tal de verme sufrir.

—¿Sufres, Bruno? —preguntó ella, impasible.

—Usted sabe que tengo una hija.

—Sí, y Carlo me dice que es preciosa.

—Usted me juró «*vendetta*». Dijo que mis hijos me escarnecerían.

Carlo Varzi, en tensión el ánimo, adelantó las dos manos.

—Seamos civilizados, Lutetia. No vaya usted ahora a decir tonterías. Lo que pasó hace tantos años, olvidado queda.

—Yo tenía tres hijos, y los perdí a los tres. Cualquier mal que te ocurra, por bien me vendrá, Bruno.

—¡Cáscaras! No juegue a la bruja, Lutetia. Usted juró que Bruno enviudaría, que sus esposas irían languideciendo, y por fortuna. Joan está muy saludable, y es la única esposa de Bruno.

Solemne, ella replicó:

—La maldición tiene sus dos sentidos, Carlo. Lo que no padeció Bruno con su esposa, acumulará ahora todo su poder, para que su hija me vengue.

—Dígame, señora Simone, ¿conoce usted a un hombre llamado Charles Stressa?

—Le conozco, sí. Ha venido a verme varias veces.

—¿Por qué?

—No tengo por qué contestarte, comisario Bruno. Tendrás que llevarme detenida, si quieres que te conteste.

—¿Por qué supone usted que el hecho de haber recibido las visitas de Charles Stressa, implica detención para usted?

—Vamos, vamos, Lutetia —intervino Carlo Varzi—. Explíqueme a mí por qué nunca me habló de las visitas del joven Stressa.

—Cuando supo que yo era la única que podía hablarle de cómo murió, su padre, vino a verme.

—¿Cómo supo eso?

—Su madre le habló de mis hijos. Y sólo dije… Palabra por palabra le dije: «Tu padre murió porque un siciliano renegado que se llama Bruno Scarlatti, se propuso matarle».

Carlo Varzi inquieto, se levantó, cogiendo del codo a Bruno Scarlatti.

—Hizo muy mal, vieja bruja, y ya no somos amigos. Usted mintió a sabiendas, porque Bruno no mató a Stressa. Y cuando atrapemos al joven Stressa, ¡ay, de usted!, si ha sufrido algún daño la pobre niña… Debería darle vergüenza, vieja bruja… ¿Qué daño le hizo a usted Lucietta?

—¿Qué daño le hicieron a Bruno, mis tres hijos? ¡Bruno era un

policía, y…!

—¡Pero mil veces lo hemos hablado, Lutetia!

—Déjalo, Carlo —terció Bruno—. No estamos hablando de tiempos pasados, sino de los presentes. ¿Sabe dónde está Lucy? —preguntó a la vieja.

—Estará en tu casa.

—Se ha fugado con Charley Stressa.

La cara arrugada perdió su impasibilidad, al contraerse en risa silenciosa.

Carlo Varzi intentó en vano hacer retroceder al comisario, que habló con voz calmosa:

—Cuando nos despedimos le tenía miedo, y con el tiempo, le tuve pena, señora Simone. Yo cogeré a Charles Stressa, y si averiguo que usted le instigó a hacerle mal a Lucy… a usted no la enterraran en tierra santa, señora Simone. Su edad avanzada y su invalidez, lo evitarán que vaya usted a la cárcel, y arderá por bruja si lo ha sido. Yo… no me reí entonces, recuérdelo. No me reí, porque sabía que usted sufría. ¿Por qué se ríe así ahora?

—Porque ya sabes que la «*vendetta*» se está cumpliendo, Bruno Scarlatti. Si, yo le dije al joven Stressa que convirtiera a tu hija en fangosa mujerzuela.

—¡Dios Santo! ¡No, Bruno, no!… Vámonos, vámonos… ¡Está mintiendo para, exasperarte! Es una pobre vieja… loca…

Bruno Scarlatti apretó estrechamente sus dos manos.

Murmuró estremecido:

—Verla, de nuevo me ha hecho creer en brujerías. Vámonos, Carlo. Usted responderá en su día, si Stressa reconoce que usted le instigó con sus mentiras diabólicas.

—Vete aprendiendo a sufrir, comisario Bruno. Vete…

Pero casi corriendo, Bruno Scarlatti abandonó la cocina donde la voz cascada, sonaba con retintín sardónico.

En el coche, que regresaba a la ciudad, comentó Varzi:

—Ella le habló simbólicamente a Stressa. Quiso decirle que tu investigación produjo indirectamente la muerte de Stressa… Tú no puedes creer que ella le dijo al joven Stressa que encanallara a nuestra Lucietta… Y Lucietta es buena, aunque se enamorase, y no tuviera la sensatez de decírnoslo.

—Va bien; va bien —dijo el comisario—. Nada arreglamos con

sollozos. No tengo la menor pista aun, pero no pasarán muchos días, y cuando coja a Stressa, nada será irreparable.

—¡Eso… es! Y vaya yo mismo le daré muy fuerte a nuestra Lucietta, ¡por tenernos tan acongojados! ¿Qué le digo ahora a Joan?

—Lo mismo que de hora en hora le telefoneo. Que pronto daremos con Lucy. Pasaré la noche en comisaría.

* * *

En el corredor que conducía a su despacho, un agente saludó al comisario Scarlatti.

—Le esperan, señor comisario. Permití que entrase en su despacho, por tratarse de quien es. Ha llegado hace diez minutos, el teniente retirado John Carruthers.

—¡Carruthers! —saludó sorprendido a la luz que entraba en su despacho.

John Carruthers, adiposo, calvo, abotargado, tendió una mano fláccida al apretón de su antiguo subordinado.

—Siempre tan activo tú. En cambio yo, que como sabes me retiré hace ya quince años, vegeto miserablemente.

—Pero se retiró muy gloriosamente, con paga entera…

—Y cinco balazos, que me convirtieron en un saco de algodón. Los médicos me han desahuciado varias veces, y sigo llevándoles la contraria. He sabido lo que te sucede, Bruno. Aunque vivimos en partes opuestas de la ciudad, ya sabes que de vez en cuando tu mujer me enviaba unas líneas, en respuesta a mis preguntas, por teléfono. Y hoy me telefoneó ella. Si no me consideras un trasto inútil, aquí estoy. El hijo de Nando Stressa parece estar complicado con la muerte de Colson. Y tú has penado que se ha llevado a Lucy, como venganza, pero se portó muy bien en la guerra. No es hombre para vengarse así. Si te creyera responsable de la muerte de Nando Stressa, te habría matado a ti.

—Pero le instigó Lutetia Simone. Vengo de verla, y así lo reconoce.

—No hagas caso de «*vendettas*».

—Stressa se vió con Lutetia Simone.

—Olvidas algo muy importante, Bruno. Hay otra mujer mucho más importante que Lutetia Simone. La madre de Charley. Ella

quería a Nando Stressa.

—¿Iba a esperar diecisiete años…? Además, yo no maté a Nando Stressa.

—Indirectamente, tú y yo, terminamos con Stressa. Antes de venir a tu despacho, he estado hablando con el capitán Stromberg, de la Criminal. Supone que mataron a Colson para quitarle algo, un trabajo recién hecho que no le quisieron pagar, o por el que pedía demasiado. Y está también buscando entre otros a Charley Stressa. En este expediente, dice que la madre de Stressa, llamada Carol Partridge, reside en Des Moines.

—Ya están avisados en Des Moines, y dos agentes se turnan vigilando desde otra casa, la entrada al domicilio.

—Escucha, Bruno… Yo soy ya un saco vacío, y tú siempre has sido decente y limpio. Insisto en que vayas a Des Moines, y te entrevistes personalmente con la mujer que allí figura como madre de Stressa. Ten presente que en este expediente figura lo obtenido del registro del hotel. Lo firma Charley, y escribe que su madre, Carol Partridge, reside en Des Moines.

—Lo hemos comprobado. Está usted extraño, teniente Carruthers.

—Pronto sabrás por qué. Ha sonado mi hora. Esta mañana han empezado contigo, y ya sé lo que me espera, lee esto.

Bruno Scarlatti leyó en el papel amarillento que llevaba la clara huella de haber sido conservado largo tiempo doblado:

> «Cinco balas te han convertido en un trapo, John Carruthers, y me considero feliz sabiéndote desgraciado, malviviendo de tu pensión, porque todo el dinero que supiste acumular con suciedades se te ha ido en inútiles intentos de devolver a tu cuerpo el vigor. Cuando le llegue el momento a Bruno Scarlatti, también llegará el tuyo, y todos los que te admiran sabrán la clase de doble traidor que eres».

No había firma.

Miró Scarlatti con asombro al que, pesadamente, ayudándose en sus dos muletas de codillera, se puso en pie.

—Me entretuve haciendo indagaciones muy particulares, que en mi propio interés a nadie revelé. Por eso te digo que vayas a Des Moines y antes pregúntale a tu mujer si oyó a su padre algún comentario sobre mí.



—Aparte el pie, joven...

—Usted puede ser más explícito conmigo, teniente.

—Te chocará si le digo que me avergüenza serlo. Ya no tengo

valor para nada, Bruno. Con mi cuerpo así… hasta una mujer se reiría de mí, si quisiera matarla. Por esto aguardé, confiando que de ti no se vengaría ella.

—¿Ella? ¡Dígame ya…!

—Siempre fuiste impetuoso, Bruno. Adiós.

Con lento caminar, bamboleantes las piernas, John Carruthers salió del despacho. Era para cuantos le veían pasar, un antiguo colega, un héroe del tiempo «Al Capone».

Bruno Scarlatti no quería verse frente al dolor de su esposa. El teléfono, con su indiferente mecanismo, le evitaba aumentar su angustia.

—Todo va bien, Joan. Ahora concentra tu pensamiento en John Carruthers, que acaba de visitarme. Dice que tú oíste a tu padre comentarios sobre él. Nunca me hablaste de eso.

La voz de Joan Scarlatti fué exponiendo:

«—Si así lo quiere Carruthers, has de saberlo. No quise decírtelo antes, porque tú admirabas a Carruthers, pero unos comentarios de mi padre, me hicieron ver algo extraño en la actitud de Carruthers cuando quedó exterminada la banda de Stressa. Porque Carruthers aquella tarde, intervino cuando mi padre acababa de pedir la documentación a una mujer que preguntaba por mí. Le pareció muy bien que se la llevara él, y más tarde, viendo unos retratos en la Prensa, mi padre dijo que le parecía que era la mujer que había detenido Carruthers, la que estaban buscando como autora de la muerte de Stressa.

»—¡Glenda Scott!

»—Carruthers siempre insinuaba que yo podía haber oído comentarios. Le contesté siempre que no».

—Pero si Carruthers hubiera detenido a Glenda Scott, ésta nunca se hubiera escapado, y además nunca mencionó que…

Se interrumpió Bruno Scarlatti. Dijo tras una pausa:

—Va bien, Joan. No tardaré en traerte cogida de la oreja a tu revoltosa. Pero emplearé mis propios métodos. Duerme tranquila, Joan.

CAPÍTULO X

—¿Esto qué es, Charley?

—Un tabaco turco, muy sabroso, ¿no?

—Pero marea… aunque es gracioso… Tengo ganas de reír, sin saber por qué.

Lucy Scarlatti fumaba el primer cigarrillo de marihuana, la droga que anulaba toda voluntad, convirtiendo en degradadas y enfermizas larvas, a quienes sucumbían al artificioso sopor que se poblaba de imágenes placenteras en las primeras veces, para luego constituir una imperiosa necesidad que conducía a las peores depravaciones.

Charley Stressa abandonó la habitación, apenas pisoteó el cigarrillo que había caído de la diestra de la que dormía sonriente.

En el taller, en silencio, ayudado por su esposa, Harry Melton iba mezclando tintas, y probando sobre el primer impreso.

Pasó un largo rato, y mientras se fundían los ácidos, dijo Rosalind Melton:

—Tiene usted un extraño modo de demostrar su amor, Charley. Hace unos minutos fuí a preparar café, y al pasar por delante del «*living*» noté un oler dulzón, pegajoso… El cigarrillo que estaba fumando su novia, no es turco… Es marihuana.

—Es la hija de un policía, y así dormirá sin remordimientos. Además, a mí me gusta darle la razón a quien la tiene, y en este asunto usted no la tiene, Rosalind. Lo que fume o deje de fumar Lucy, le debe tener a usted sin cuidado.

—Es mi piso éste, Charley.

—Es mi placa aquélla, Rosalind.

—Lo que hace con la chiquilla está mal. La va a convertir en una enferma, si ella le hace tanto caso, que siendo hija de un policía, le

sigue como una perfecta mansa.

—Usted nunca ha sido mansita, ¿verdad? Escuche… Tenemos que estar aliados durante un par de días con sus noches. Que cada cual se ocupe de le suyo.

—Dame las pinzas, Rosalind. Y tú, Charley, podías haber esperado a darle marihuana a tu novia, cuando estuvieras en otro sitio. Eso es ludo. No discutas más, Rosalind.

—Eso es. No discutamos más —sonrió Charley Stressa.

* * *

—Hace exactamente doce años y siete meses, que compró esta casa la señora Partridge —fué explicando el comisario de Des Moines, consultando un block—. Tiene a su servicio un chofer, un jardinero, una cocinera y dos doncellas. Da fiestas selectas, y es una de las primeras damas de la ciudad. Ella misma vino a declarar que había sido legitimado el hijo que tuvo con Nando Stressa. En la ciudad, tanto ella como el hijo, se portan intachablemente. Él viaja mucho, y ha sido un héroe en la guerra. Cuando usted pidió que fuera vigilada la casa discretamente, y si apareciera Charley Stressa, lo detuviéramos como testigo acusado de falta de colaboración, pensé que en alguno de sus viajes, se habría complicado con alguna aventurilla. Y hasta ahora no hay novedad. ¿Desea visitar a la señora Partridge? Es muy tarde… y salvo tener urgencia, no me agradaría molestar a una señora, Scarlatti. Investigamos su pasado, y era mecanógrafa en Nueva York cuando la sedujo Nando Stressa, prometiendo casarse con ella. No pudo cumplir o no quiso, pero ella es intachable.

—Sólo deseo que la señora Partridge me reciba, y he de confesar que no llevo mandamiento ni exhorto. Pero cuando le diga a ella el motivo de mi visita a estas horas, si es como usted afirma, una señora, me atenderá.

—Bien. Vamos allá, Scarlatti. Pero a medianoche y por una tontería que haya podido cometer Charley…

—Mi hija se llama Lucy, y no «tontería», querido colega.

—Perdón, pero pudo decírmelo antes, amigo mío. Vamos allá.

* * *

La casa era espléndida, una de las mejores de la ciudad. El jardinero adormilado, que acudió a la verja desde la caseta cercana, cuando reconoció al comisario de Des Moines, dijo:

—Buenas noches, señor.

—Comunique a la señora que deseo verla.

—Estará leyendo… No se retira hasta la una, aproximadamente. Mary les llevará al saloncito de lectura.

Un comisario era obedecido si pedía no ser anunciado. La doncella se retiró, apenas hubo llamado en la puerta.

En el saloncito, una mujer levantó la vista de su libro. El cabello negro tenía un mechón blanco, que hacía aún más señorial el semblante delicado, de grandes ojos grises.

—Buenas noches, comisario. Una sorpresa…

Se detuvo ella, mirando al que inclinándose en leve saludo, la atajaba:

—Mi colega me ha servido de introductor, señora Partridge. Me interesa sobremanera que me informe usted dónde puedo encontrar a su hijo.

—Siéntese, por favor. ¿Qué travesura ha hecho Charley?

—Espero no le sonará a grotesco, señora Partridge, pero su hijo a inducido a fugarse a mi hija, que sólo tiene dieciséis años.

—Es imposible imaginar…

—Repito, señora, ¿dónde está Charley Stressa?

—Hace ya más de quince días que volvió a Chicago. Se aloja en el «Bachelor's», y anteayer me telefoneó. Eso es cuanto puedo decirle, señor Scarlatti, pero no dudo que Charley sabrá comportarse de acuerdo con la educación recibida…

—Un instante, señora Partridge. Hay dos cosas detonantes en usted.

—Por favor, amigo mío —reprochó el comisario de Des Moines.

Pero Bruno Scarlatti siguió siendo agresivo en su tono:

—¿Le resulto desagradable, señora Partridge?

—Dependerá. Por ahora, viene usted con un caballero. ¿Puedo saber en qué dos cosas le produzco asombro?

—La primera es su cabello, señora. No es natural.

—Resulta usted un poco extraño; ¿no cree?

—La segunda es que me ha llamado Scarlatti. Un apellido poco corriente, que no ha citado mi colega, y que usted me ha otorgado hace un momento.

—Su fotografía apareció en algunas revistas.

—¿Cuándo?

Los grandes ojos grises interrogaron al comisario de la ciudad, que se encogió de hombros, evasivamente. Percibía algo extraño en la hostilidad de las miradas…

—Si es un interrogatorio, dígame a qué obedece, Scarlatti.

—Yo, pude llamarla Partridge porque así la llama mi colega.

—Le repito que vi su imagen, y su nombre… perdone que lo diga, lo recordé porque es un poco grotesco. Me recordó «escarlatina». Su semblante tampoco es vulgar, Scarlatti.

—Tiene usted una confianza tan grande en el silencio de John Carruthers y en que su invalidez no es un peligro, que se creyó a cubierto, pero fué Carruthers quien hace apenas unas horas, me instó a que acudiera a verla. Y la estoy viendo… Sí, hemos cambiado mucho… El cabello, los modales… Pero hubo un tiempo es que usted me parecía muy bonita…

—¡Scarlatti! —exclamó el comisario de Des Moines—. No me agrada su modo de hablar a la señora Partridge.

—¿La señora Partridge? Yo a quien hablo es a Glenda Scott. Esta mujer esta reclamada hace años por la policía. Considérese detenida, Glenda Scott.

Los grandes ojos grises rebosaron de burla.

—¿Está usted en sus cabales, comisario Hilburn? ¿Cómo consiente que este hombre me insulte?

—Mi colega tiene la suficiente responsabilidad, para atenerse a las consecuencias de cuanto ahora está diciendo, señora. Si la identifica como persona reclamada, es mi obligación decirle desde este instante, que tiene usted derecho a guardar silencio, hasta que yo reciba orden de interrogarla o inhibirme ante otra autoridad.

—Concretamente, no considero suficiente motivo para disponer de mi tiempo, el que un hombre confundido o mal intencionado, me llame por nombres desconocidos, hasta de mi propio hijo. Pregúntenle a mi hijo cuáles son mis nombres, y sólo le oirán decir

que me conoce tres: Carol Partridge Jeanson, los que figuran en la documentación que puedo mostrarles, desde mi partida de nacimiento hasta el certificado de vacunación del año último.

—Bajo mi responsabilidad, comisario Hilburn, acuso a esta mujer de ser Glenda Scott, reclamada por complicidad en atracos realizados por la banda que dirigía Nando Stressa, inculpada también del asesinato de éste.

—Una confusión puede tenerla cualquiera, señores. Pero reinsistir es obcecación. Podrán comprobar toda la documentación, si lo exige, comisario Hilburn.

Se puso en pie ella. Dijo Scarlatti:

—La acompaño a donde quiera, pero cuando antes termine su comedia, mejor, Glenda Scott.

—Iré a donde usted me exija, Hilburn. Le hago responsable de las intemperancias de este hombre. Mi hijo, héroe de la guerra, no le perdonará tan fácilmente su actitud, Hilburn.

—Podemos esperar a que su hijo se presente, señora —manifestó Scarlatti—. Yo tengo el convencimiento de que no puedo equivocarme tan torpemente, pero no quiero perjudicar a mí colega.

—Mejor así, y gracias, amigo mío —contestó, apresuradamente, Hilburn.

—Notifique tan sólo a esta señora, que inmediatamente que encuentre a Charley Stressa, vendré a interrogarla. No deberá abandonar esta ciudad, sin previo aviso.

Bruno Scarlatti salió de la estancia. Ella dijo:

—Sin rencor, Hilburn. Pero cuando este compañero suyo, se haya convencido de su error, que no se presente aquí. No estoy acostumbrada a que me ultrajen.

—Buenas noches, señora… señora Partridge.

En el coche, al entrar Hilburn, indicó Scarlatti:

—Puede quitar la vigilancia en rededor de la casa, Hilburn.

—¿Qué se propone?

—«Cierre elástico». Esta mujer es Glenda Scott… pero tengo que demostrárselo.

Dos minutos después, el comisario Hilburn ordenaba la inmediata intervención de la línea telefónica de la señora Partridge, como primera parte del «cierre elástico».

Las patrullas de carreteras, estaciones y las fronterizas, fueron

instruidas de que cuando recibieran aviso desde Des Moines, no debían detener a la mujer que si abandonaba la ciudad, conduciría tarde o temprano a la captura de Charley Stressa.

Sólo sería detenida Glenda Scott si pretendía abandonar los Estados hacia el extranjero.

Pero Scarlatti comentó, al despedirse de Hilburn:

—Es muy inteligente, Glenda Scott. Salvo si el hijo de Stressa le telefonea, ella no se delatará. Esta noche no dormiré, porque voy ahora a visitar a Carruthers. Puede que él posea pruebas bastantes, para que el «cierre elástico» se conserve sólo en la intervención del teléfono.

* * *

John Carruthers, tenía a su servicio un practicante retirado del cuerpo policial, que fué el que introdujo a Scarlatti en la modesta alcoba.

—No me has despertado, Bruno. No podía dormir.

—Vengo de Des Moines. La he visto. Es Glenda Scott. Pero lo niega, y por lo que dijo, posee la documentación completa de Carol Partridge, desde la partida de nacimiento.

—Menos la partida de defunción. Yo hice una investigación particular. Ni ella ni yo nos podíamos denunciar mutuamente. Pero ha pasado lo de tu hija, y no te lo mereces. Hasta la edad de ocho años, Charley Stressa vivió con su madre en Nueva York. Ella, algo delicada, emprendió un viaje a Cuba. Yo me interesaba en Carol Partridge por una razón. No sabía hasta qué punto conocía mis relaciones con Nando Stressa, y si como era de suponer le había amado, trataría de vengarse. Supe que en La Habana, se había hecho muy amiga de cierta rubia que se pretendía inglesa. Fui, y sin que se fijaran en un inválido como yo, tomando el sol, reconocí a Glenda Scott en la supuesta amiga de Carol Partridge. El chico estaba con las dos, siempre. Regresé a esta pocilga. Pero cuando en los registros de entrada, leí que Carol Partridge y Charley Stressa, el hijo legitimado, habían vuelto de La Habana para instalarse en Des Moines, como averigüé después, quise saber si Glenda estaba con ellos, bajo algún nombre supuesto. Juzga mi sorpresa al comprobar que la señora Partridge era Glenda. Ella tampoco me vio, y volví

aquí a esta maldita cama. Ahora paso a exponerte mis deducciones.

—Era su obligación, aunque estuviese retirado, denunciar a Glenda Scott.

—¿Mi obligación? No la cumplí cuando jugaba doble, aquel día de Kellogg Junction, porque me convenía eliminar a los cinco de la banda… Induje a Glenda a que matara a Stressa, y me falló un solo detalle. Glenda asesinó a Stressa, pero se me escapó, cuando no acudió al lugar donde yo le prometí facilitarle la fuga. La hubiese matado…

—Es imposible que usted planeara tan fríamente asesinatos. Porque aunque fueran morralla…

—Yo fui peor. Ellos al menos, se jugaban la vida a una carta, en una postura. Yo fui un canalla, y no lo digas, Bruno, porque me lo sé. Creí posible conservar el secreto de mi doblez, pero empezaron todos a considerarme como un mártir, y arrastré muy adentro de mí el germen del remordimiento, que al ir aumentando, creo que es el motivo por el que nunca he recuperado mis fuerzas.

—Lo siento, John Carruthers, pero si es preciso tendré que emplear contra usted cuanto acaba de decirme.

—Y harás solamente lo que es tu deber. No cabe duda, Bruno… Tú estás en lo cierto. Estás fuerte y duermes tranquilo, porque no tienes la roquiza almohada de los remordimientos.

—¿Tiene usted pruebas de que fué Glenda quien mató a Stressa?

—Glenda adoraba a Norman, su marido, y le aseguré que si Norman caía en algún cepo, sería la culpa de Stressa, que los entregaría a la muerte, sabedor de que así conservaría su secretó. Tanto Stressa como Glenda, en espera de los acontecimientos, fueron a esconderse en el plantío de Evanston.

—Volveré si le necesito para declarar, Carruthers. Me ha causado pena saber que acerté… Mucha pena, porque usted… a su modo fué un valiente…

—Gracias, y buena suerte, Bruno. La mereces.

En la calle, aterido por el relente del amanecer, Bruno Scarlatti seguía aún denegando con la cabeza, como si quisiera convencerse de que era una pesadilla lo que acababa de presenciar.

En el coche, volvió a recuperarse. Tenía que comprobar el curso de las pesquisas iniciadas para encontrar al asesino del falsificador Reginald Colson.

CAPÍTULO XI

—Me gusta darle la razón a quien la tiene, Harry. Estos billetes son una obra de arte.

Charley Stressa, palpando bajo el foco de luz, el recién secado papel trataba de encontrarle diferencia con otro legítimo.

—Sólo podrán verlo los de Tesorería cuando comprueben la numeración. Ésta es la «pega» que no podemos solucionar. Si ellos tiran cien millones de billetes, nosotros no podemos numerar más allá de esta cifra, y claro, aparece el duplicado, habiéndose dado el caso de teniendo en las manos dos billetes con la misma numeración y serie, sólo un técnico logró demostrar que el billete bueno, era precisamente el que los tenderos puestos a elegir, rechazaban.

Harry Melton acabó su café, y anunció:

—Voy a tenderme un poco. Son las cuatro ya, y nos hemos ganado bien la noche.

—Yo dormiré aquí mismo, Harry. Hasta luego.

—Hasta luego.

En la alcoba matrimonial, Rosalind Melton acababa de introducirse en el lecho, y Harry Melton procedió a desnudarse.

—Mal veo a la pobre chica —comentó—. Éste no la quiere, y no adivino entonces por qué se la llevó aunque sea bonita. Dice que es para hacerse pasar por un enamorado que decide actuar contra la voluntad de los padres. No lo entiendo. La está envenenando con la marihuana.

—Olvida de momento a la chica, Harry, y piensa en ti. Cuando le hayas impreso los billetes que dijo, ten mucho cuidado.

—Confío en ti. He visto que falta de mi cajita, la pistola. Pero no te excites… —y bostezando se deslizó en la cama, apagando la luz

—. Estoy reventado. Vamos a dormir.

—Sí.

Pero ella en la obscuridad permaneció con los ojos bien abiertos, manteniendo bajo el embozo la pistola.

* * *

Eran las ocho y media de la mañana, cuando tras dos horas de reposo, Scarlatti, tomando su tercera taza de café, vió entrar al capitán Stromberg, de la Criminal.

—Hola, Bruno. Ya has visto que la complicación del caso Colson, reside en que no aparecen en su rededor los clásicos fichados. Ya no se relacionaba con ninguno. Pero hemos encontrado limaduras de cobre, en uno de los cobertizos donde se alojó. Estaba el cobre tratado con ácidos mordientes, y es casi seguro que se dedicó a fabricar una plancha de billete. He puesto en claro la lista de los que, en el Estado, puede sacarle provecho a una plancha así, y son pocos. En activo, siete.

Enumeró los sospechosos, terminando:

—Todos ellos han declarado bastante convincentemente su inocencia. Quedan los «retirados». Están Fingers *Slip*, John y Burns, Rod Tomlison, Joel Bealby, Harry Melton, Hermann Krauss. Todos ellos hacen vida nueva, y han sido ya interrogados *Slip*, Burns y Tomlison. Yo veo la cosa así. Colson fabrica la planchita, y el que debe comprársela, lo mata. U otro se entera, y se la quita. Pero apartándonos del crimen en sí, lo indiscutible es que una vez en posesión de la placa, el asesino ha de ir a buscar a uno de los que puedan imprimir.

—O marcharse al extranjero.

—Eso es. Esta mañana iré a interrogar a Bealby, Krauss y Melton, pero con pocas esperanzas. Bealby está de delineante proyectista con un sueldo magnífico en una empresa de aviones. Krauss es el diseñador de la Casa de la Moneda, y totalmente redimido, al igual que Melton, que obtiene grandes beneficios dedicándose a la heráldica.

—Bien. Iré esperando novedades.

Fué a las nueve menos cinco minutos, cuando en el despacho de Scarlatti entró Robert Harvey. Venía abanicándose con la amplia

corbata…

—Hola, Bob.

—¡Ya está! He venido corriendo como una cebra, comisario. Desde ayer no hago más que darle vueltas, y me metí por todas partes, preguntando, y me fui a acostar a las cuatro… Eran las ocho y pico, cuando viene el gracioso de Puppy, a sacudirme. ¡Había visto el «Pontiac» con Stressa atrás y una chica que no pudo reconocer! Pero dice que reconoció a la del volante. Le he dejado fuera, pero nosotros si usted quiere, jefe, vamos allá… Estoy nervioso perdido.

—Apacíguate, hijo. ¿Quién era la del volante?

—Resulta que Puppy que se cree un arrogante mozo, veía todas las tardes en el salón de «Moira», a una rubia de las que según él son su tipo. Madurita y solitaria. Pero ella ni le hacía caso. Se enteró que se llamaba Rosalind, y el mozo quiso saber más. Está casada con un tal Harry Melton, y vive en la Veinte, del «Slop», que tiene garaje elevador. ¿Voy con usted, jefe?

—Te lo has ganado. Toma, Bob.

Recogió el ex combatiente la pistola, y dejó de ser el «niño bonito», para, automáticamente, ante la posible proximidad de un peligro, comportarse prácticamente.

Saltó con rapidez al estribo del coche, ya en marcha.

—Deténgase en la esquina de la Diecinueve del «Slop» —ordenó Scarlatti—. Y tú, Bob, no entres en acción si no te lo exijo. Me parece que has dado por dos veces en el clavo. Vales más que todo el
F. B. I.

—Pura coincidencia, jefe; pura coincidencia —dijo Harvey, esponjándose.

* * *

—Charley… No me encuentro bien. Estoy como aturdida… Me dijo Rosalind que estabas aquí.

—Y aquí estoy tratando de dormir. Anda, vete.

—Charley… No debes tratarme así.

—Tendrás que ir acostumbrándote, cariño. Tengo sueño, y quiero dormir. Conque, fuera.

—¡Pero, Charley!… ¿Es posible?

—Lo que no es posible es que comprendas que estoy cansado. Aquí se fragua mi fortuna, y no estoy para necedades.

—Si me consideras una necedad, no debiste… Perdona, Charley, te quiero, y ha sido…

—¡No seas pesada! Ya nos quedará tiempo para arrullos.

—Cambias mucho cuando te pones amenazador, Charley.

En el taller de Melton, Lucy Scarlatti acababa de conocer de pronto el verdadero temple de Stressa, que, en pie, frotándose los ojos, masculló:

—Esta noche partiremos, y en Montevideo, verás como tendrás mimos.

Apareció ceñida en su batín Rosalind Melton. Dijo:

—Lo que acabo de oír era lo que me pensaba. ¿Montevideo? Esta chica es una ingenua y no consentiré que se vaya contigo, Charley. Escucha, Lucy. Este hombre, pretende no sé por qué razón convertirte en una desgraciada, porque allá en Montevideo, te enviará a cualquier rincón perdido. No puedes creerlo, pero hazme caso porque desgraciadamente tengo experiencia. Este hombre quiere venderte… como se vende ganado… ¿No has oído hablar de la trata de blancas? Anoche te dió a fumar marihuana, para empezar a envilecerte…

Un bofetón que destinaba Charley Stressa a la que hablaba aventó el espacio, y Rosalind Melton, pistola en mano, retrocediendo advirtió:

—No soy una ingenua, Charley. Hemos quedado de acuerdo en que Harry emplee la placa por la que mataste a Colson, pero no quiero ser cómplice de la canallada que pretendes hacer con esta chica.

—Bien, bien… Te lo estás inventando todo, Rosalind. Yo quiero para esposa a Lucy.

—Y le das marihuana, prometiéndole mimos en Montevideo, ¿no? Hazme caso, Lucy.

—Eres estúpida. Esta chica es hija del comisario Scarlatti. Cuando su papá dé con ella, te vendrán a recoger con tu marido, y adiós billetes…

Rosalind Melton, sin perder de vista a Stressa, replicó:

—Ella permanecerá aquí, hasta que Melton haya colocado su

parte de billetes. Después, nos iremos fuera, pero por lo que sea, porque yo también fui como ella, una enamorada que creí en un mal hombre, no quiero…

—Enternecedor. Ya está, bien, Lucy, vete a dormir.

—No es una perrita, Charley. ¿Te das cuenta, Lucy? Mírale bien, y comprenderás que te odia, no sé por qué…

—Está loca esta mujer. No le hagas caso, Lucy. Anda, cariño. Esta noche todo te lo explicaré.

Lucy Scarlatti abandonó el taller, y Stressa esperó unos instantes:

—Esconde la pistola, y no vuelvas a cometer majaderías. ¿Qué quieres? ¿Echarlo a rodar todo, por un sentimentalismo desplazado?

—No debimos aceptar, cuando supimos que habías matado a Colson. No eres leal, Stressa. Llevas en la sangre…

—Manos a la obra —dijo Harry Melton, entrando—. Y tú, Rosalind, permanece como estás, mientras le termino el paquete a Charley. No te ha de molestar eso, Charley, pero recordando a Colson, hemos decidido tenerte a la vista. Tan pronto eche fuera el último billete, romperemos la placa, y adiós.

—Me llevaré a la chica, ¿os enteráis?

Manipulando en el rodillo, entintado, contestó Melton:

—Así es. Y tú no te interpondrás, Rosalind. Si la chica está con él, es porque quiere. A otra cosa, tú. Simplemente a lo nuestro. Cuando te dé el último billete, Stressa, adiós.

—Así se habla. Y si me has asustado a la palomita, ahora se puede escapar, y nos cogen in fraganti.

—No puede salir. Tengo las llaves.

—Hay ventanas, ¿no? Iré a echar un vistazo.

Charley Stressa recorrió dos habitaciones. En la tercera encontró vuelta de espaldas a Lucy Scarlatti, que estaba tratando de levantar el pestillo de sujeción de una contraventana.

Se abalanzó, asiendo brutalmente por los hombros a la que obligada a girar sobre sus tacones, se enfrentó con un hombre muy distinto al soñado.

Unos bofetones rápidos la aturdieron… Oyó un gemido, coincidente con un «¡plop!», parecido al de un taponazo…

Perdió el sentido, cayendo desplomada, pero había reconocido a Rosalind Melton en la que acababa de disparar, aplicada en la boca

de la pistola un silenciador.

Charley Stressa, herido, embistió… Rosalind Melton disparó tres veces consecutivas, deteniendo el avance del que cayó de bruces, ensangrentado rostro y pecho…

—¡Maldición contigo, Rosalind! —imprecó, demudado, Harry Melton irrumpiendo en la sala.

—Mató a Colson, y hubiera intentado hacer lo mismo con nosotros. Todo lo quería para él. Ahora es nuestra la placa. Coge el cuerpo por las axilas, Harry. En la bañera, con sulfúrico, lo haremos desaparecer. Nos iremos…

—¡Pero ella hablará, Rosalind!… ¡Hablará!… Sabe lo de los billetes… ¡Han llamado, Rosalind!

—No pierdas el tino, Harry. Nadie puede haber oído los disparos. Será un vecino, o alguien que viene por cualquier cosa. Permanece aquí. Vuelvo en seguida.

Fué ella a abrir, pero dejando la cadenilla de retén.

En la abertura miró, para preguntar:

—¿Qué quiere?

Robert Harvey dijo ingenuamente:

—Me envían para inquirir ¡si desea…!

Intentó ella cerrar la puerta, pero Harvey había interpuesto el zapato en la abertura.

—Aparte el pie, joven. No deseo comprar nada.

—Se trata de algo muy interesante, señora Melton. Figúrese que de un momento a otro ya a venir el capitán Stromberg, para interrogar a su marido, porque…

—¿Quién es usted?

—Pronto lo sabrá, porque ya ha tenido tiempo de entrar el comisario Scarlatti por la escalerilla de incendios. ¿No oye los cristales rotos?

Giró ella la cabeza y Harvey introdujo el brazo, para asir por la muñeca derecha a Rosalind Melton.

* * *

Lucy Scarlatti se desahogaba en llanto ruidoso. Habíanse marchado los agentes de Stromberg llevándose a los Melton, y dos camilleros el cadáver de Charley Stressa.

Bruno Scarlatti, cuando ella recobró su normalidad, vencida la crisis nerviosa, dijo secamente:

—Oíste cuanto han declarado los Melton. Dale gracias a Bob Harvey, porque sin su intervención, hubieras terminado muy mal. Tal vez en la bañera de ácido sulfúrico, donde oíste que Rosalind Melton pensaba «fundir» a Stressa. Sabrás también la razón de que Stressa se comportaba así… Sí, ahora llora cuanto quieras, y Harvey te llevara a casa. En lo futuro, bailarás al compás de la radio en casa, y vendrán a casa a darte clase. Vas a estar recluida el tiempo que sea, hasta que encuentres a un buen muchacho. Y si es preciso, emplearé una vara.

—¡Si papá! —asintió ella, abrazándose convulsivamente al que, inmensamente aliviado, chasqueó la lengua.

—Va bien, Lucy. Te pondrás de rodillas delante de tu madre y del viejo Carlo… No se merecían eso. Ni yo tampoco.

Ella asentía a todo. Quería irse, abandonar aquel lugar de pesadilla.

Y Scarlatti epilogó:

—Que te acompañe Bob. Ahí tienes a un hombre valiente, bueno y con mucha inteligencia, aunque lleve corbatas increíbles. Iré tarde a casa. Díselo a mamá. Tengo que ir a Des Moines.

* * *

—Usted le anuncia la muerte de Charley, Hilburn. Pero después, cuando haya yo hablado a solas con ella. Ya está todo reconstruido. Gracias a Carruthers, y a las investigaciones que mi equipo realizó.

Hilburn asintió, permaneciendo bajo el porche Eran las tres de la tarde. En el salón donde entró Scarlatti, Glenda Scott levantó la vista del libro que fingía leer.

—Buenas tardes, Glenda. Reconozco que has tenido la inteligencia de suponer que tu teléfono estaba intervenido, porque has permanecido quieta. Tengo aquí entre otros papeles, la copia exacta de una lápida en el cementerio del Morro de La Habana. Dice: trece de octubre del año mil novecientos treinta y cuatro. Se ha exhumado el cadáver, y se demostrará que es Carol Partridge. Gracias a Carruthers, que todo lo ha confesado, queda en claro lo que sucedió allá.

Glenda Scott sonrió aviesamente:

—Persiste usted en su obsesión, Scarlatti.

—El hijo de Stressa y Carol Partridge está furioso contigo, Glenda. Su madre y él creyeron lo que les contaste. Es como si te oyera hablar. Cuando la conociste, le dijiste que la policía había matado al único hombre que amaste, a Norman, y que eran Carruthers y Scarlatti los que mataron a Stressa Inculcaste en ella y en el chico el afán de venganza. Pero querías a la vez un provecho. Has dado muchas fiestas, y vives como una gran dama. Se han agotado los fondos que robaste a Stressa, y que supiste emplear con tino en negocios, hasta que te sentiste atraída por vivir como una señora, Carol estaba enferma, y ella accedió a que cuando muriera, fuera enterrada con tus apellidos. Tú vendrías con Charley, que aceptaba pasar por tu hijo. Os vengaríais, y esperaste hasta saber que Colson era el elemento apropiado. Tu supuesto hijo entraría en contacto con él… Lo ha confesado todo ya. Lo cogimos en casa de Melton el que estaba imprimiendo los billetes. Mi hija está en su hogar.

—¡Charley no puede mentir así!

—La exhumación no mentirá, Glenda. Y Carruthers te identificará. Enviaste a Charley a la pobre vieja siciliana, sabiendo que ésta le diría que fui yo quien mató a Stressa. Enviaste a Charley a conquistar a una chiquilla impresionable. Todo te ha fallado, Glenda, pero en presidio podrás dar lecciones de gran dama. Lo fuiste a tu modo. Y yo no maté a Norman. Se mató él mismo, al no querer huir. He terminado con todos vosotros, porque vosotros mismos no aceptásteis mi invitación. Y creíste que Carruthers siempre se callaría.

—¿De qué se me acusa? —dijo ella serenamente.

—Ya sé que hay prescripción, y que han transcurrido más de quince años. El asesinato de Stressa, ya ha prescrito. También tu complicidad en los atracos. Pero responderás de usurpación de personalidad, inducción al asesinato, porque Charley mató a Colson, y por último, Glenda Scott Farrell… yo personalmente, te acuso de ser la que ha matado a Charley. Sí, ha muerto, Glenda. Lo enviaste a la muerte, porque no fué leal con nadie, salvo contigo. Adiós, Glenda Scott. El comisario Hilburn se hace cargo de ti. ¡No! ¡No lo digas! Yo soy quien podría odiarte por lo que intentaste con Lucy,

valiéndote de la «*vendetta*» que me juró Lutetia Simone… Ya habías vengado a Norman, matando a Stressa. Explotaste la aflicción de Carol Partridge y los malos sentimientos que Charley incubaba, pero que a no ser por tu perversa influencia, no habrían surgido. Muchos crímenes sin perdón los tuyos, Glenda Scott.

Glenda Scott fue contenida bruscamente por el comisario Hilburn.

Bruno Scarlatti yéndose, dijo:

—No debiste volver a Chicago, Glenda. Yo me había olvidado de ti. Adiós.

* * *

En su cama, John Carruthers cuando hubo firmado su declaración, a la que se adjuntaba la relación de sus investigaciones particulares, oyó al capitán Stromberg anunciarle:

—Permanecerá aquí hasta nueva orden, Carruthers.

A solas con Scarlatti, confesó Carruthers:

—No eran las muletas las que me pesaban, sino todo este lastre, Bruno. Lo poco que me queda por vivir, será mejor que lo que he vivido, aunque lo pase metido en presidio.

—No irá usted a presidio. Ha prescrito todo esto… Y tardía, pero eficaz ha sido su confesión. Lo único que siento, es que ayudándome, me ha hecho perder su amistad. Le avergüenza verme…

—¿Y a ti?

—Eran malos tiempos aquéllos.

—Peores los que viví viendo como todos vosotros, los decentes, me admirábais. Y Joan te ha demostrado su cariño. No quería quitarte la fe en mí. Bien, comisario Bruno, todo ha terminado. Cuando te digan que he muerto, pensarás que morí a gusto. Porque ya soy otro. Me obligaron a quitarme la máscara, y no me asfixio. Llevo la cara que me pertenece… La del granuja sin perdón.

—Dios a todos nos perdona, Carruthers. Adiós.

—Adiós, Bruno. Te envidio, pero decentemente. Con hombres como tú, la Humanidad es soportable.

EPÍLOGO

—No tendría que venir, vieja loca. Pero he venido.

—Yo no le he pedido que viniera, viejo chocho.

—Pero aquí estoy, ¡cáscaras! Usted se va a ir a Catalgireta, porque le pago yo el viaje, y tiene allí albergue, con una cocina mejor que ésta, de las antiguas, de las de verdad. Se acabó la «jettatura». Bruno con los suyos se va a California.

—Vaya donde vaya, le seguirá mi «jetattura». La «*vendetta*» es infalible, Carlo.

—Pero usted aquí ya no pinta nada. Mañana mismo estará en un camarote del «Giulio Conti», y en Sicilia, la esperará mi compadre Martirio. La llevará a Catalgireta, y a ver si se deja ya de brujerías.

—¿Por qué hace todo esto por mí, Carlo?

—Porque… ¡cáscaras!… me sobra el dinero, y usted quería a sus tres «ragazzos», pero si quisiera pensar un poco, comprendería que Bruno nada tuvo que ver…

—Los persiguió con ensañamiento.

Carlo Varzi suspiró. La terquedad de una madre, era invencible.

—Mañana vendrán a buscarla. ¿Quiere ver a Bruno?

—Si él quiere verme, aquí estoy.

—Está en mi coche. Pero, oiga, Lutetia… Por mí… Hágalo por mí. ¿No puede mentir?

—No.

—¡Maldita testaruda! No mienta, pero no maldiga.

—Usted es bueno conmigo, Carlo. Y si quiere a Bruno… también me quiere a mí. Trataré de no maldecir a Bruno.

Salió el siciliano. Lutetia Simone, cuando regresaron los dos hombres, dijo:

—Café para tres, Mary.

—Buenas tardes, señora Simone. Me dice Carlo que va usted a Catalgireta.

—Sí, Bruno. Pero aunque esté allí, la «jetattura» no puedo ya retirarla. Es así, ¿sabes?

—No importa, señora Lutetia. No importa.

—Te maldije y maldito estás. No puedo retirarlo, ¿sabes, Bruno? Pero he estado pensando mucho en lo que dijiste de Aldo. Él no te odió… ¿Verdad que era todo un hombre mi Aldo?

—De lo mejor, «*signora*». Me dió la cara siempre. Y todos lo recuerdan como muy hombre. Sí, muy hombre.

La criada Mary dejó la bandeja, y Carlo Varzi sirvió café en las tres tazas.

—Un poco más, y mi Aldo te mata, ¿verdad, Bruno?

—Casi lo logra. Estuvo muy valiente… Y también Gino, lo mismo que Gaetano.

—Mucho mejores que el irlandés y Scott, ¿verdad?

—Eran de otra clase, ¡cáscaras! —exclamó Carlo—. ¡Eran sicilianos! Un café estupendo, Lutetia. Como el que tomará en Catalgireta. Tenemos que irnos. Voy a besarla, vieja bruja. Y… allá, dígales a todos que volveré. Quiero que mis huesos fortifiquen la tierra de mi aldea.

Carlo Varzi besó en las arrugadas mejillas a la anciana, y salió. Ella miró a Bruno Scarlatti, y murmuró:

—Ya no puedo retirar la maldición, Bruno. Es así la «*vendetta*».

—No se preocupe. Trataré de hacer frente a todo.

—También eres como ellos. Valiente y terco. Un siciliano, sí. ¿Crees que Aldo se enojará si dejo que me digas adiós, olvidando por un instante que eres un policía?

—Aldo no se enojará, «*signora*».

Bruno Scarlatti cogió la diestra apergaminada, y aplicó en ella sus labios.

—Adiós, señora Lutetia. Dios nos proteje.

—Dios nos proteje, Bruno.

En el coche, Carlo Varzi rezongó:

—Estuviste bien, Bruno, pero debí decirle a ella, que tú y yo le pagamos a medias…

—Vamos a casa, viejo. Estoy muy cansado.

—El chico ése me gusta, ¡cáscaras! Y le gustará a Lucietta. Pero

no debes ser tan severo…

—¡Cuando se case, allá su marido! Pero mientras, y mucho cuidado, viejo estúpido, Lucy sólo saldrá con Joan.

—Bueno, tú mandas. Termina el día muy bien, Bruno. Ya no hay «*vendetta*». Vi como ella, mientras tú le besabas la mano, trazaba con la otra el «pico»… Los dos dedos en cuerno para ahuyentar de tu cabeza la «*vendetta*». Serán supersticiones, pero así todo queda mejor. La vieja Simone vuelve a la aldea que nunca debió abandonar. Y tú…

El comisario Bruno Scarlatti, reclinado hacia atrás en el respaldo, dormía sosegadamente.

Carlo Varzi rió, mordiéndose una guía del mostacho blanco. Había terminado la «*vendetta*».

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.



Cualquier momento es bueno...
D.D.T
CONTI
...PARA LEER
El DDT
LA PUBLICACION MAS DIVERTIDA DE TODOS LOS TIEMPOS
SOLO CUESTA 2 PTS.

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA

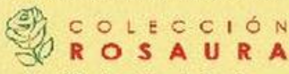


COLECCIÓN
PIMPINELA

Núm. 359 - M.ª Teresa Largo.
■ ¡TÚ... Y ELLA!
Núm. 360 - Mercedes Muntó.
■ A LA DERIVA
Núm. 361 - Josefina M.ª Rivas.
○ ANGELITO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN
MADREPERLA

Núm. 255 - Corín Tellado.
■ DOLLY
Núm. 256 - Luis Masota.
■ RENACE EL AYER
Núm. 257 - Trini de Figueroa.
○ SAGRADO MANDATO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



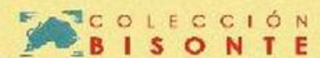
COLECCIÓN
ROSAURA

Núm. 199 - Ana Marcela García.
■ SIN COBARDÍAS
Núm. 200 - Matilde Redón.
■ CRUZ DEL SUR
Núm. 201 - María Lar.
○ MADEMOISELLE MAMA
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN
AMAPOLA

Núm. 85 - María Adela Durango.
■ GLORIA EN LAS SOMBRAS
Núm. 86 - Vic Martín.
■ AMOR ENCADENADO
Núm. 87 - M.ª Pilar Carré.
○ EL PADRINO DE BODA
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN
BISONTE

Núm. 300 - Kent Wilson.
■ VENGANZA EN OREGON
Núm. 301 - Fidel Prado.
■ MUERTE, SOCIEDAD ANÓNIMA
Núm. 302 - Orland Garr.
○ UNA HERENCIA EN EL OESTE
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN
DETECTIVE

Núm. 43 - Alar Benet.
■ MISIÓN SUICIDA
Núm. 44 - Arnold Briggs.
■ "VENDETTA" EN CHICAGO
Núm. 45 - Geo Dugan.
○ SIETE SIRENAS
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN
SERVICIO SECRETO

Núm. 164 - Tony M. Tower.
■ LA MUERTE LLEGÓ AL AMANECER
Núm. 165 - A. Ralcest.
■ CERCO A DAMASCO
Núm. 166 - Kent Miller.
○ SANGRE EN EL DANUBIO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN
ALONDRA

Núm. 38 - Enri Claveri.
■ SIN PECADO
Núm. 39 - Trini de Figueroa.
■ EL HECHIZO DE UNA VOZ
Núm. 40 - María Adela Durango.
○ BURLA VENGADA
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

■ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: **5 ptas.**